

CAUTELA CONTRA CAUTELA  
COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO  
TIRSO DE MOLINA.  
REPRESENTOLA AMARILIS



## ÍNDICE

<i>Jornada primera</i> .....	585
<i>Jornada segunda</i> .....	611
<i>Jornada tercera</i> .....	645

Hablan en ella las personas siguientes:

EL REY DE NÁPOLES

EL PRÍNCIPE DE TARANTO

EL PRÍNCIPE DE SALERNO

UN CRIADO

ENRIQUE DE ÁVALOS

CHIRIMÍA, *lacayo de Enrique de Ávalos*

JULIO

LUDOVICO

CÉSAR

ELENA

ISABEL, *su criada*

PORCIA

CELIO, *su escudero*

CAPITÁN

UNO

OTRO

## JORNADA PRIMERA

*Sale Chirimía, solo.*

CHIRIMÍA Ya el cielo, como un pavón,  
las ruedas ostenta bellas  
con las lúcidas estrellas,  
que sus ojos argos son.  
Ya el cielo está como un huevo:  
estrellado el mundo está:  
salga vuexcelencia ya.

*Salen Enrique y Julio.*

ENRIQUE Debo  
recatarme, cosa es clara,  
cuando en Nápoles estoy.  
Enrique de Ávalos soy,  
marqués de Basto y Pescara.  
Don Alfonso de Aragón  
rey de Nápoles, confía  
de la diligencia mía,  
con una inmensa afición,  
este reino: gran privado,  
ministro, por tales modos  
ha de dar ejemplo a todos,  
¿qué mucho que recatado  
salga yo por la ciudad  
de noche a barrios señores,  
si aunque son todos amores,  
mostrarlos es liviandad?

CHIRIMÍA Desculpado estás conmigo.

Tu criado soy, y rondo  
en público, no me escondo.

JULIO ¿No fuera bien que un amigo  
de los dos que quieres tanto  
te acompañara?

CHIRIMÍA Ellos son  
amigos con intención;  
úsanse ya, no me espanto.

ENRIQUE Don César y Ludovico  
en mi amistad se declaran,  
y los dos me acompañaran;  
mas mi amor no les explico.

CHIRIMÍA Si tú privado no fueras,  
fueras amigo precioso;  
que no sabe el poderoso  
cuál es su amigo de veras;  
¿qué amistad hay verdadera?  
Mas destes que te han seguido  
como sombra, ¿cuál ha sido  
más leal?

ENRIQUE Si eso supiera,  
fuera soberana luz,  
y en mucho más lo estimara  
que ser marqués de Pescara,  
ni ser privado de cruz.  
Yo pienso que ambos lo son  
muy de veras.

JULIO Certifico  
que pienso que Ludovico  
ha hecho demostración  
de amigo más verdadero:  
lenguas se hace en alabarte.

CHIRIMÍA ¡Qué poco sabes del arte  
de un amigo lisonjero!  
Si deso te satisfaces,  
en él la amistad se acaba;  
siempre Ludovico alaba

lo que dices, lo que haces,  
lo que comes, lo que bebes,  
lo que calzas, lo que vistes,  
lo que ríes, y son chistes,  
motes y sentencias breves  
cuanto arrojas por los labios,  
aunque necedades sean.  
Y amigos que lisonjean,  
ni son amigos, ni sabios.  
Mira, con ojos serenos  
a César siempre verás:  
sin duda te quiere más,  
pues es quien te alaba menos.

*Salen César y Ludovico.*

CÉSAR ¡Don Enrique, mi señor,  
solo, y a la sombra muda  
de aquesta noche! ¿Quién duda  
que son milagros de amor?

CHIRIMÍA No va solo, pues que vamos  
dos con él.

CÉSAR ¡Oh Chirimía!

CHIRIMÍA Ésta tu amor me debía;  
págame y en paz estamos.

ENRIQUE Amigos, amor ha sido  
la causa que así me lleva,  
tan peregrina y tan nueva,  
que nunca la habréis oído  
en fábulas ni en historias.

CÉSAR ¿Amas alguna pintura  
o estatua?

ENRIQUE Desa locura  
ya en las humanas memorias  
hay noticia: Amor, que es dios,  
ostenta así su deidad.

LUDOVICO ¿En qué está la novedad?

ENRIQUE ¿No es bien nuevo amar a dos?

CHIRIMÍA No, señor, ni amar a mil,  
porque tú tienes criado  
que en un mismo tiempo ha amado  
un salchichón, un pernil  
y una bota de hipocrás,  
dos de Candía, cuatro griegas,  
treinta fregonas gallegas  
y trescientas cosas más:  
que es socorro y estribillo  
de poetas de repente.

ENRIQUE Calla, loco, impertinente.

CHIRIMÍA Si pudiere conseguillo,  
dame, señor, por callado.

ENRIQUE Digo, pues, que divertido  
en dos partes he tenido  
este amoroso cuidado.  
Porcia pobre, y rica Elena,  
me dan tan igual la gloria,  
que suspenden la memoria  
y hacen dudosa la pena.  
En Elena y Porcia unida,  
Amor con gloriosa palma  
tiene, en dos cuerpos, un alma,  
en dos almas una vida,  
en dos vidas una suerte,  
una beldad en dos Mayos,  
un resplandor en dos rayos,  
en dos rayos una muerte.  
Siento entre Porcia y Elena  
dividida la memoria;  
con el favor, una gloria,  
con el desdén, una pena.  
Cada cual en mi deseo  
imprime luz rigurosa,  
y aunque hermosa, más hermosa  
pienso que es la que antes veo;  
de modo que indiferente  
en pasión tan inhumana,

tengo por más soberana  
 aquella que está presente;  
 y como el amor es dios,  
 prueba a hacer con ese efeto  
 de las dos solo un sujeto,  
 o dividirme a mí en dos.  
 Mas como poder no halle  
 para hacer uno de tres,  
 forma un caos que no sé qué es,  
 ni qué nombre pueda dalle.

LUDOVICO ¡Divinamente ha pintado  
 sus afectos vuexcelencia!

¡Qué discreción! ¡Qué elocuencia!

CHIRIMÍA (¡Qué bellacón! ¡Ah taimado!).

CÉSAR Antes, si me da licencia  
 en esto vuestro favor,  
 yo digo que no es amor  
 el que tiene vuexcelencia.

LUDOVICO ¿Qué ha de ser?

CÉSAR Inclinación  
 a dos mujeres tan bellas,  
 nacida de las estrellas,  
 o de la propia elección.  
 Halló méritos iguales  
 en discreción y beldad,  
 y incitó la voluntad  
 los afectos naturales,  
 con que se sintió agraviado  
 de ambas, con indiferencia;  
 y con esto vuexcelencia  
 no es amante, es inclinado.

LUDOVICO ¿Como puede errar un punto  
 entendimiento tan grave,  
 el marqués siendo quien sabe  
 más que todos en un punto?  
 Con él, ingenio pelea,  
 mucho más filosofía  
 que Aristóteles sabía,

y él sabe lo que desea.  
Errar no puede el marqués.  
Amor llamó a su cuidado,  
y pues amor le ha llamado,  
no es otra cosa, amor es.

CHIRIMÍA Acabose, errar no puede,  
un ángel tengo por amo.

ENRIQUE Si bien o si mal le llamo,  
para otro lugar se quede.  
Bien sé que habrá de parar  
este afecto indiferente  
en una, y que solamente  
un sujeto habré de amar;  
que amor es correspondencia;  
a las dos tengo de hablar,  
y las habéis de escuchar  
con atenta diligencia,  
para ver si conocéis  
cuál tiene amor verdadero;  
y en estas dudas espero  
que desengaños me deis.  
Ya a los balcones de Elena  
llegamos, y ella me aguarda.

LUDOVICO ¡Qué discreta, qué gallarda  
saldrá a escuchar la sirena  
de tu lengua! Si es servido  
vuexcelencia, los criados  
pueden quedar retirados:  
haremos menos rüido.

ENRIQUE Idos, pues.

CHIRIMÍA Si esta, que saca  
mi valor, no va a tu lado,  
te falta...

ENRIQUE ¿Qué habrá faltado?

CHIRIMÍA Una espada muy bellaca.

*Vanse los criados.*

CÉSAR (Porcia ilustre, a quien desea  
en vano el alma dichosa;  
Porcia, como necia, hermosa,  
Porcia sabia, como fea,  
salid, salid de mi pecho.  
El marqués del Basto os ama:  
no caben amigo y dama  
en corazón tan estrecho.  
No se declare mi amor,  
ya que hasta aquí, por mi bien,  
ni me ha turbado el desdén,  
ni me ha alentado el favor).

*Sale Elena a la ventana.*

ENRIQUE ¿Es Elena?

ELENA ¿Es el marqués?

ENRIQUE Al ojo: el ser que he tenido,  
soplo de tu boca ha sido,  
sombra de tus rayos es.

ELENA Luego si en ausencia mía  
muerto, como dices, eres,  
tu misma vida no quieres,  
pues no me ves cada día.

LUDOVICO Divinamente arguyó.

ENRIQUE Dijeras bien, de esa suerte,  
si el ver, o el dejar de verte,  
consistiera en mí, pues yo  
con alma atenta y unida  
a tu presencia dichosa,  
ver no quisiera otra cosa,  
por tener eterna vida.  
Pero la merced del rey  
a ser mi desdicha viene,  
pues sin duda me detiene  
por obligación y ley.

ELENA Tú, divertido y llevado  
de esa causa superior,

no dejarás al amor  
un átomo de cuidado,  
porque es dulzura el privar  
que a todo deleite pasa;  
pero yo, sola en mi casa,  
¿qué he de hacer sino llorar?

ENRIQUE (¿Qué sientes desta razón,  
Ludovico?).

LUDOVICO Que es felice,  
que ama de veras, y dice  
afectos del corazón.

ELENA Enrique, amor verifica  
su fuerza, en mí poderosa,  
tanto, que estoy envidiosa  
del rey, porque comunica  
siempre tu ingenio; y entiendo  
que este desearte ver  
es afición de saber,  
pues solo oyéndote aprendo.  
Pero examen no requiere,  
sea amor o interés sea:  
siempre el alma te desea,  
séase lo que se fuere.

ENRIQUE (¿Qué sientes desto también?).

CÉSAR Siento que no tiene amor.

ENRIQUE ¿En qué fundas ese error?

CÉSAR En que lo dice muy bien.  
Más tiene de vizcaíno  
el amor que de elocuente.

LUDOVICO Amor infunde en la gente  
un espíritu divino.

ENRIQUE A tanto encarecimiento,  
más que amante agradecido  
vendré a ser desvanecido;  
que humano agradecimiento  
no es capaz de tal favor,  
mi Porcia, digo, mi Elena.

ELENA ¡Otro cuidado, otra pena

mostrastes en ese error!,  
marqués, en los hombres sabios  
tal error verdad contiene,  
porque el corazón se viene  
muchas veces a los labios.  
¿En vuestra boca otro nombre?  
¿En vuestro pecho otro amor?  
La memoria hizo ese error;  
pero ¿qué mucho? Sois hombre.  
Idos, marqués, norabuena:  
vuestra misma lengua os llama;  
no usurpéis a vuestra dama  
las horas que dais a Elena.  
Escuchad mis voces, cielos,  
romped el aire deshechas:  
verdades son, no sospechas,  
injurias son, no son celos.

ENRIQUE Oídme.

ELENA No quiero oír.

ENRIQUE ¿Por qué, con tal sinrazón,  
no quieres satisfacción?

ELENA Porque me voy a dormir.

*Vase Elena.*

ENRIQUE Óyeme, aguarda, no quieras  
mi muerte, hermosa mujer.  
¿Echaste, César, de ver  
que quiere Elena de veras?

CÉSAR Que lo finge he de juzgar.

ENRIQUE La razón y causa espero.

CÉSAR Porque el amor verdadero  
jamás se supo quejar.  
Celos te quiso obstentar,  
porque muestras de amor son,  
y a tan ligera ocasión  
cogió el copete.

LUDOVICO Si amar

es aquello, nadie amó  
 más. ¡Con qué linda advertencia,  
 por picalla vuexcelencia,  
 con Porcia se equivocó!

ENRIQUE No fue cuidado, fue error  
 de la lengua y la memoria.

LUDOVICO Prosigamos en la historia,  
 apuremos este amor:  
 vamos cas de Porcia.

ENRIQUE Allí  
 lo mismo que aquí he de hacer:  
 cuidado tiene de ser  
 lo que fue descuido aquí.  
 Por ver si lo lleva mal,  
 su nombre he de errar también.

CÉSAR Vuexcelencia mire bien,  
 que demás de ser trivial  
 y común esa razón,  
 confundiéndole los nombres,  
 su amor revela; y los hombres  
 que amantes pródidos son,  
 deben guardar más secreto.

ENRIQUE Habiendo Porcias y Elenas  
 más que lirios y azucenas  
 en márgenes del Sebeto,  
 ningún secreto recelo.  
 Pienso que Porcia me espera.  
 En tocando en esta esfera,  
 saldrán rayos de su cielo.

*Hace Enrique la seña, y sale Porcia a la ventana.*

PORCIA ¿Quién llama?

LUDOVICO Puntual ha sido.

CÉSAR Debe de tener amor.

LUDOVICO Que es pobre, dirás mejor,  
 y querrá un rico marido.

ENRIQUE ¡Porcia pregunta quién llama!

¿Quién puede llamar al sol,  
sino un dichoso español  
que tesoros de luz ama?  
¿Quien al balcón del Oriente  
pudo llamar al Aurora  
sino un dichoso que adora  
los jazmines de esa frente,  
las rosas de esas mejillas,  
la púrpura de esos labios?

PORCIA No me hagáis tales agravios:  
en palabras más sencillas  
se explica amor verdadero;  
bien mi desengaño alcanza  
que no tengo otra alabanza,  
sino que por veros muero.  
Alabadme de constante,  
y no me alabéis de hermosa,  
que es lisonja sospechosa.

ENRIQUE Todo lo tiene el diamante.  
Por ambas cosas se estima.

PORCIA ¿Cómo estáis, mi señor?

ENRIQUE Bueno,  
y de inmensas glorias lleno  
después que esta voz me anima.

CÉSAR (Aquella pregunta fue  
muestra de amor poderosa).

LUDOVICO (Pienso que es falta de prosa).

CÉSAR (Pienso que es sobra de fe).

PORCIA La prolijidad del día  
siempre me está fatigando,  
porque vivo deseando  
sombras de la noche fría,  
y en perpetua esclavitud  
tengo el vivir indeciso.  
Y aunque siempre tengo aviso,  
marqués, de vuestra salud,  
como es salud que me toca,  
hasta veros, no me quieto;

y a quien ama, es bien perfeto  
saberlo de vuestra boca.

ENRIQUE (¿Qué te parece?).

LUDOVICO Señor,

diré lo que el alma siente:  
habla muy caseramente.

Pienso que es tibio su amor.

PORCIA Marqués, los muchos negocios  
siento que podrán cansarnos.

¡Oh, si yo pudiera daros  
mi soledad y mis ocios  
y mi amor daros quisiera:  
pues con él, y sin los dos,  
tuvierais descanso vos,  
y yo dichosa viviera.

Mas en sus efetos obra  
Amor, y los agradezco:  
que para lo que merezco,  
cualquiera amor vuestro sobra.

ENRIQUE (¿Qué dices?).

CÉSAR (Que ama de veras).

LUDOVICO (Más quisiera alguna joya).

ENRIQUE (Esperad, que aquí fue Troya).

Si con tanto gusto esperas  
la noche, quien solo vive  
este rato, este momento,  
inmenso será el contento  
que con tus glorias recibe.  
Más hermosura verá  
quien ve el sol y las estrellas,  
pues tu hermosa luz entre ellas,  
bella Casandra, saldrá...  
Porcia, digo, Porcia mía.

PORCIA Con razón la llamáis vuestra  
que mas átomos no muestra  
el sol, que es padre del día,  
que Porcia, ausente de vos,  
da suspiros con cuidado.

ENRIQUE (En ello no ha reparado,  
o no lo siente, por Dios).

Mi Casandra, esos suspiros  
vanos son, que el alma os doy.

PORCIA Ya que Casandra no soy,  
podré, mi Enrique, deciros  
que ninguna más que yo  
sabr  amaros con desvelos.

ENRIQUE  Eso me decís sin celos?

PORCIA  Qu  honesto amor sospech   
que errar el nombre es amar  
en otra parte?

ENRIQUE Es ansí.

PORCIA Amaros me toca a mí;  
no me toca averiguar  
si soy amada de vos;  
porque el hombre agradecido,  
amando, ha correspondido,  
a semejanza de Dios,  
con amor puro y honesto.  
Sentirnos mi padre puede:  
la conversación se quede  
para otras noches en esto.

ENRIQUE  Sin celos, tenéis recelos?

PORCIA Adiós, marqués y señor.  
(Disimulemos, amor.  
Muri ndome voy de celos).

*Vase.*

ENRIQUE Fuese con lindo semblante.

CÉSAR El irse fue rendimiento,  
la blandura, sentimiento.

LUDOVICO No se quejó; no es amante.

ENRIQUE  He de decir la verdad?  
El amor de Elena creo;  
que en Porcia efectos no veo  
nacidos de voluntad.

Mi dueño Elena ha de ser,  
y aunque más el alma inclino  
a Porcia, que es sol divino,  
la elección ha de vencer.

LUDOVICO Gente viene, y no es decencia  
que conozcan al marqués.

ENRIQUE Sí, mas sepamos quién es.

CÉSAR Váyase, pues, vuexcelencia  
a palacio, que es ya tarde,  
y quedémonos los dos.

ENRIQUE Bien dices, César, adiós.

LUDOVICO A vuexcelencia nos guarde  
él mismo.

CHIRIMÍA El marqués se fue:  
fíngete, Julio, valiente.

LUDOVICO ¿Qué gente? ¿Quién va? ¿Qué gente?

CHIRIMÍA Dos hombres son: ¿no nos ve?

CÉSAR Queremos reconocellos,  
ya vemos que son dos hombres,  
dígannos luego los nombres.

CHIRIMÍA Dígannos los suyos ellos,  
y no pasen adelante,  
que está esta calle ocupada.

CÉSAR Harán lugar a esta espada.

CHIRIMÍA Si quisiere este montante,  
Julio, pues te toca aquel,  
mátale con osadía,  
mientras mata Chirimía  
este que le toca a él.

LUDOVICO Chirimía y Julio son.

CHIRIMÍA Y con mucha honra.

CÉSAR ¿Qué hacéis?

CHIRIMÍA Defender que no paséis,  
porque están en posesión  
desta calle tres supremos  
señores, a quien guardamos.

CÉSAR ¿No nos conocéis?

CHIRIMÍA Estamos  
muy coléricos, no vemos.  
LUDOVICO ¿A César y a Ludovico  
no conoces, Chirimía?  
CHIRIMÍA Hablara para otro día.  
Vive Dios, que es un borrico.  
Si no hablan...  
LUDOVICO Loco estás.  
Si no hablan... ¿Qué sería?  
CHIRIMÍA A manos de Chirimía  
muertos por siempre jamás.

*Vanse y sale el rey, y dos dándole memoriales.*

UNO Suplico a su majestad  
que mire aqueste papel.  
OTRO Y este memorial, señor.  
REY Bien está, yo le veré.  
Despejad.

*Vanse y sale Enrique.*

ENRIQUE Dame tu mano.  
REY ¿Qué es esto, amigo marqués?  
¡Diez horas estáis sin verme!  
ENRIQUE Mil son para mí, no diez.  
REY Entre el amor y amistad  
una diferencia hallé:  
que el amor puede ser malo,  
no la amistad.  
ENRIQUE Así es.  
REY Pues si el amor no consiente  
breve ausencia sin temer,  
la amistad, que es una especie  
más pura de amor, ¿por qué  
ha de permitir ausencias?  
ENRIQUE Esos nombres no le des,  
señor, a mi esclavitud,

obligada a la merced  
que por quien eres me haces;  
que la amistad ha de ser  
entre iguales; y si amor  
igual a y junta tal vez  
dos extremos, dos distancias,  
tiene valor y poder  
del cielo como la muerte;  
y este caso no fue  
amistad, sino amor.

REY Luego  
cuando las almas, en quien  
hay oculta simpatía,  
se miran corresponder  
con amor, ¿no son iguales?  
Falso es, Enrique; que un rey  
en la sangre que le ofrece,  
puede distar y tener  
diferencia con los hombres,  
mas los ánimos, ¿no ves  
que influyéndole los astros,  
pueden ser iguales? Bien  
esta doctrina se muestra  
en nuestro ejemplo, porque es  
amistad la nuestra, Enrique.

ENRIQUE Beso mil veces tus pies.

REY Ve leyendo memoriales,  
y tu cuerdo parecer  
los consulte y los resuelva.

ENRIQUE «Fabio Rufo, coronel,  
a tu majestad suplica  
que algún castillo le des,  
donde puedan descansar  
sus servicios y vejez».  
El coronel lo merece.

REY Doile el de Taranto, pues.

ENRIQUE Este dice así,  
señor:

«Señor,  
otro aviso te dio ayer  
el que este escribe a tu alteza.  
Mira, Alfonso Aragonés,  
que se conjuran, y tratan  
de quitarte el reino, tres  
príncipes vasallos tuyos:  
y el que escribe este papel  
no osa declararte más».

REY Ya me han dado dos o tres  
memoriales deste aviso;  
pero como yo no sé  
quién son estos conjurados,  
no hallo modo de entender  
la verdad deste suceso.

ENRIQUE ¡Grave caso!

REY Pienso en él  
y dudo por dos razones:  
la primera, porque aquel  
que estos papeles escribe  
no me ha procurado ver,  
ni su nombre firma en ellos:  
la segunda, porque un rey,  
que al peso de su justicia  
nunca ha aborrecido el fiel,  
que gobierna el reino en paz,  
dando igualdad a la ley  
con todos, ¿por qué razón  
aborrecido ha de ser  
de sus vasallos y amigos?

ENRIQUE Yo, señor, responderé.  
Si el nombre no declaró  
quien te avisa, puede ser  
que no se atreva, o que sea  
de los conjurados él,  
por amistad o violencia;  
y así para no romper  
la ley de su juramento

ni ser vasallo infiel,  
desta manera te avisa.  
Ni es de importancia que estés  
administrando justicia  
y haciendo a todos merced,  
para pensar que no puedas  
tener en tu reino quien  
se te atreva y se te oponga,  
si una nubecilla, que es  
vapor de la misma tierra,  
al sol se opone tal vez,  
y nos oscurece un rato  
sus rayos de rosicler.  
Aqueste famoso reino,  
del mundo hermoso vergel,  
quiere rey napolitano,  
y le tiene aragonés.  
Heredástele, veniste  
por armas a defender  
tu justicia: no te espantes,  
que le falta amor y fe.

REY La necesidad da fuerzas  
al ingenio.

ENRIQUE Parecer  
es de Homero.

REY En mí lo he visto.  
Una cautela pensé  
con que tú puedas sabello.  
Yo me acuerdo que una vez  
me dijiste que felice  
sólo ha de llamarse aquel  
que supiere cuatro cosas:  
qué amigo le quiere bien,  
qué dama le corresponde,  
qué criado le es fiel:  
qué enemigo le persigue.

ENRIQUE Bien te acuerdas.

REY Oye, pues.

Yo he de fingir que no estás  
ya en mi gracia, y he de hacer  
que piensen que te aborrezco,  
y este enojo mostraré  
de manera que enemigo  
me juzguen tuyo, porque  
viéndote pobre agraviado,  
luego se querrán valer  
de tu generoso pecho  
contra mí, como de quien  
mis secretos sabe, y tiene  
ánimo para emprender  
grandes cosas; y si acaso  
los que aborrecen mi bien  
no te buscaren, podrás  
llamándome a mí cruel,  
riguroso, injusto, ingrato,  
fingir que pretendes ser  
cabeza de conjurados  
contra mi reino, porque es  
verosímil que conozcas  
con mañoso proceder  
los ánimos mal afectos.  
Vendrasme de noche a ver;  
seré tu amigo de noche;  
y aunque siempre lo seré,  
engañaremos de día  
el humano parecer.  
Con esta cautela, Enrique  
(y en la política ley  
es provechosa y es justa),  
asegurarme podré  
en este reino; sabrás  
qué enemigo tengo, quién  
se conjura contra mí,  
quién mi favor y merced  
merece, y quién mi castigo.  
Yo también saber podré

quién te quiere mal; que es fuerza  
si en mi desgracia te ven,  
que te acusen y mormuren:  
y tú tocarás también  
con tus manos y experiencia  
qué dama te quiere bien,  
qué amigos te son leales,  
y qué criado te es fiel,  
pues la desdicha presente  
toque, y acción ha de ser  
donde muestre la experiencia  
los quilates de la fe,  
del amor y la amistad.

ENRIQUE Ponga la fama el laurel  
que dio al ingenio de Ulises  
a tu frente y a tus pies.  
Pero ¿cómo vivirá  
quien ve el semblante de un rey  
enojado, aunque fingido?

REY Enrique, ¿por qué teméis?  
Enojos que finge amor,  
no tienen rostro cruel;  
antes pienso que este enojo  
ejecutar no podré,  
porque amor no ha de dejarme  
fingiros aborrecer;  
que amor disimula mal.

ENRIQUE Alegre el cuello pondré  
a tu enojo verdadero  
por darte un breve placer,  
cuanto y más por darte un reino.

REY Y reino que de ambos es.  
Hora es que vengan a audiencia  
y a los títulos: marqués,  
ensayad vuestra tristeza,  
porque me voy a aprender  
palabras con vos airadas;  
pienso que no las sabré.

*Vase.*

ENRIQUE Ni la verdad las enseñe.  
 Corazón, no hay que temer;  
 ánimo, que no es de veras;  
 sed leal en esto, sed,  
 fingiendo agora tristeza,  
 agradecido a mi rey.

*Sale César y Ludovico.*

ENRIQUE ¡Ah fortuna! Bien te pintan  
 con el rostro de mujer  
 con un pie sobre una rueda,  
 y en el viento el otro pie.  
 Vistes alas, calzas plumas  
 todo es volar y correr;  
 tu palacio está en el aire,  
 y el supremo chapitel  
 cercan planetas que son  
 arcos errantes; tu ser  
 la misma mudanza ha sido;  
 lo que estable y firme fue,  
 no es tuyo, y son los trofeos  
 de tu casa de placer,  
 no testas de incultas fieras,  
 no garras de aves que ven  
 el imperio de los vientos,  
 sino cabezas, que ayer  
 eran envidias del mundo  
 y hoy dan lástima también.  
 ¡Felice sólo aquel  
 que oye, con proporción, la voz del rey,  
 ni cerca que le abraza, como suele,  
 ni lejos que le olvide, o que le ye!

CÉSAR Señor, ¿qué tristeza es esta?  
 ¿Qué causa hay porque esté  
 quejándose vüexcelencia?

ENRIQUE Vi un relámpago, que fue  
señal de rayos y truenos;  
he sentido estremecer  
las columnas de mi dicha;  
hizo señal de romper  
sus yelos el mar del Norte;  
divisan desde el bauprés  
velas contrarias mis hados;  
muévese el viento, y en él  
tormentas me pronostican.  
Enojado al rey hallé,  
amigos son de mi muerte,  
desdichas de mi poder.  
¡Felice sólo aquel  
que oye, con proporción, la voz del rey:  
ni cerca que le abraza, como suele,  
ni lejos que le olvide, o que le ye!

*Salen el príncipe de Taranto y el de Salerno.*

TARANTO ¿Oíste, príncipe?  
SALERNO Sí.  
TARANTO ¿Has entendido?  
SALERNO Muy bien.  
ENRIQUE ¡Ay de mí, que siento pasos  
de mi desdicha! El rey es.

*Sale el rey.*

REY ¡Oh, príncipes!, yo os agradezco  
que a palacio vengáis hoy,  
cuando justiciero soy,  
cuando al mismo sol parezco:  
sombras y luces ofrezco  
para amigos y enemigos;  
justicia soy, sed testigos  
que en mi peso recto alcanza  
mercedes una balanza,

y otra balanza castigos.  
 Si el gran Trajano mostró  
 su rectitud en el hijo,  
 yo por su ejemplo me rijo,  
 y en el que más me agradó,  
 mi rigor ostento yo,  
 y mi justicia distinta  
 borre su imagen sucinta.  
 Enrique ha sido la basa  
 de mi amor; servir no supo,  
 y así en mi gracia no cupo:  
 salga della y de mi casa;  
 que haciendo justicia, pasa  
 un rey de mortal a eterno.  
 Sed, príncipe de Salerno,  
 canciller de aquí adelante,  
 y vos, príncipe, almirante.

TARANTO Quite el nombre tu gobierno  
 al de Trajano y de Numa,  
 pues que los dejas atrás.

SALERNO Con esto materia das  
 a la lengua y a la pluma.

REY El que es ingrato, a la espuma  
 de las aguas se compara:  
 vos sois marqués de Pescara  
 César es marqués del Basto.

LUDOVICO Dé el cielo, pues yo no basto,  
 gracias a merced tan clara.

REY Lengua a su rey atrevida,  
 verificado nos deja  
 el cuento de la corneja,  
 de ajenas plumas vestida.  
 Cada cual la suya pida;  
 que ajenas plumas parecen  
 las que a dueño desvanecen:  
 ni te alabes, ni presumas;  
 vuelve, corneja, las plumas  
 a aquellos que las merecen.

ENRIQUE Tus pies beso, porque has sido  
con los cuatro liberal:  
solamente llevo mal  
que des nombre de atrevido  
a quien con tu luz ha sido  
un átomo o girasol.  
¿Ingrato fue un español,  
cuándo un átomo que mueve  
el sol hermoso se atreve  
contra los rayos del sol?  
¿Cuándo arroyo, que al mar frío  
corre con tantos temores  
que tropieza entre las flores,  
se atreve al poder de un río?  
¿Cuándo rui señor sombrío,  
que ama y canta sin sosiego,  
se atrevió obstinado y ciego  
contra el águila suprema,  
que las alas pardas quema  
en las regiones del fuego?  
¿Yo te he ofendido jamás?  
Dime, gran señor, en qué.

REY En secreto lo diré.  
Llégate, llégate más.

ENRIQUE (Pienso que enojado estás  
de veras: ¿esto es fingir?).

REY Marqués, ¿qué puedo decir  
sino que quiero aprender  
semblante de una mujer  
para acertar a mentir?  
No temáis, Enrique, vos;  
que si Dios el rey se llama,  
claro está que el rey os ama  
y amigos somos los dos,  
porque a sus amigos Dios  
da trabajos y cuidados,  
mas son trabajos dorados;  
sois mi amigo, a Dios imito,

y si los bienes os quito,  
yo os los volveré doblados).

ENRIQUE (Los tesoros más supremos  
son tu gracia y tu favor).

REY (Mi reino es vuestro).

ENRIQUE (Señor,  
no merezco esos extremos).

REY (Enrique, disimulemos).

ENRIQUE ¿De disculpas no te agradas?

REY Ni rüegues ni persuadas.  
Vuelve a ser lo que antes eras  
y a tus materias primeras  
vuelve las cosas pasadas.  
Cuatro títulos di yo,  
que el honor de Enrique fueron,  
los tres las gracias me dieron  
y sólo César calló.

CÉSAR Al oír que te ofendió  
el hombre a quien quise tanto,  
admíreme, y con espanto  
se pasmó mi corazón,  
y sólo la turbación  
pudo detener el llanto.  
Dos dudas luchan en mí:  
hallo, viendo su lealtad,  
que su culpa no es verdad;  
vuelvo los ojos a ti,  
hállote recto, y así  
fuerza es que culpado sea;  
pero como a Enrique vea,  
luego de su parte soy;  
y en tales dudas estoy,  
que no sé lo que me crea.

REY Título del Basto os den.

CÉSAR Yo no lo acepto, señor,  
porque si Enrique es traidor,  
quiero yo pagar también  
haberle querido bien;

y si acaso no es culpado,  
y tú estás mal informado,  
tampoco lo he de aceptar,  
porque le quiero imitar  
en ser bueno y desdichado.

REY (No os quité vuestra riqueza,  
si os he dejado a este amigo).

ENRIQUE (Una sombra soy que sigo  
los rayos de tu grandeza).

CÉSAR Aquí la fortuna empieza  
sus tragedias.

REY (No hay rigor  
que disimule un amor).

TARANTO Cayó un soberbio.

SALERNO Era ley.

ENRIQUE (Fiero enojo es el de un rey.  
Aun fingido da temor).

## JORNADA SEGUNDA

*Salen Enrique, Chirimía y Julio.*

ENRIQUE A esta pobre casa, amigos,  
se redujo mi grandeza:  
temblando está mi cabeza  
de mis fuertes enemigos,  
no de mis culpas, y así  
pienso que a ellos mismos hoy  
da lástima lo que soy,  
como envidia lo que fui.  
El agua que inunda el orbe,  
del piélagos se desata,  
y en golfos de nieve y plata  
tantas máquinas se sorbe;  
baña con curso ligero  
montes y valles sombríos;  
y al fin, al fin hecha ríos,  
vuelve a su centro primero.  
Los hombres son desta suerte:  
de polvo y de nada nacen,  
y así su pompa deshacen  
en la desdicha y la muerte.  
Los criados que tenía,  
y mi casa han ilustrado,  
como sombra me han dejado,  
al caer la luz del día.  
Por no poder sustentar  
algunos, los despedí,  
y otros me dejan a mí,

viendo que no han de medrar.

A los dos se ha reducido  
mi familia y aparato.

JULIO Pues yo, señor, aunque ingrato  
no soy al bien recibido;  
como el hombre siempre aspira  
a su bien y conveniencia,  
te vengo a pedir licencia.

ENRIQUE Nada me espanta y admira,  
después de mi adversa suerte;  
tú eres, Julio, a quien  
hice en mi vida más bien.

JULIO La pobreza es civil muerte,  
el conde ocupa tu puesto;  
pues sabes que te soy fiel,  
suplícote que con él  
me acomodes, porque en esto  
sabes, mi señor, que acierto.

ENRIQUE Bien está: lo que deseas,  
Julio, haré porque me veas  
hacer bien después de muerto.  
¿Y quién duda que también  
licencia me pedirás  
para decir que jamás  
de mí recibiste bien?

CHIRIMÍA Razón, mi señor, tendrías;  
si reparas en los nombres,  
notarás que no son hombres  
ingratos los Chirimías.  
Yo nací de buena gente:  
deciendo por línea reta  
de un bajón y una corneta  
y un soplador excelente.  
Porque acompañar solía  
a escribanos y alguaciles,  
(neblíes de garras sutiles),  
me llamaron Chirimía.  
Pero aquesto, en conclusión,

me da grande pesadumbre:  
polvo, ni caldo, ni lumbre,  
soplé, por no ser soplón.  
Y con pocos intereses  
te sirvo, dilo tú mismo,  
diez años ha, que en guarismo  
montan ciento veinte meses;  
pero en cuentas castellanas,  
tomando papel y pluma,  
lo que te he servido suma,  
quinientas y diez semanas;  
y si la cuenta confías  
de un zángano entremetido,  
te dirá que te he servido  
tres mil y seiscientos días.  
Y si todo aquesto ignoras,  
te sacaré desta duda  
la aritmética menuda:  
son ochenta y seis mil horas.  
Servirte siempre imagino  
como lo he hecho hasta aquí:  
soy español, y comí  
tu pan, y bebí tu vino.  
Yo también servirte quiero,  
vive gordo, o muere flaco,  
y no como este bellaco  
ingratonazo y grosero.  
Asado estés en dos hornos,  
no tengas honra ni fama:  
hombre que Julio se llama,  
¿qué ha de hacer sino bochornos?

*Sale un criado.*

CRIADO Señor don Enrique, aparte  
oiga una palabra.

ENRIQUE Di.

CRIADO Señor don Enrique, aquí

vendrán esta noche a hablarte  
 dos príncipes, y el secreto  
 es de importancia.

ENRIQUE Esperando  
 estaré con gusto.

CRIADO Cuando  
 esté con silencio perfeto  
 la noche, con vigilancia  
 han de venir recatados.  
 Haz recoger los criados.

*Vase.*

ENRIQUE En buen hora: de importancia  
 es la cautela.

(Ya empieza  
 a obrar mi falsa caída.  
 ¡Cielos, amparad la vida,  
 el Estado y la grandeza  
 de Alfonso, mi buen señor!).

CHIRIMÍA Ludovico viene.

ENRIQUE Venga, [*Sale Ludovico*]  
 porque su amistad detenga  
 a mi desdicha el rigor.  
 ¿Quién en mis males mostrara  
 pecho magnánimo y rico,  
 sino el conde Ludovico,  
 nuevo marqués de Pescara?  
 ¿Quién pudiera ser primero  
 en levantar un caído,  
 sino aquel que sólo ha sido  
 el amigo verdadero?  
 Para que llorar no pueda,  
 me honra el cielo deste modo;  
 porque no me falte todo,  
 pues tal amigo me queda.  
 No dije bien; y antes digo,  
 y es decillo justa ley,

que nada me quita el rey,  
 pues me deja tal amigo.  
 ¿Quién duda, señor marqués,  
 que te haya dado tristeza  
 la desdicha y la pobreza  
 que en aquesta casa ves?  
 Pero la fortuna esquiva  
 no me tiene de vencer:  
 deme más que padecer,  
 como Ludovico viva.

LUDOVICO Don Enrique, todo pasa:  
 un día sigue a otro día,  
 y muy en vano porfía  
 la fortuna. Que esta casa  
 reconozca, me ha mandado  
 el rey, y en efeto quiero  
 ser en servirle el primero.  
 Ved este papel cerrado,  
 que es del rey.

ENRIQUE Entrad, señor.

LUDOVICO Yo la he de reconocer.

CHIRIMÍA (¿Que esto un amigo ha de hacer?).

JULIO (Verse un hombre en tanto honor  
 hace mudar condición).

CHIRIMÍA (En criados mal nacidos).

ENRIQUE Alma, fe, vida y sentidos  
 de mi rey y vuestros son.  
 Entrad a reconocer  
 casa que baña mi llanto.

LUDOVICO Ved el papel entre tanto,  
 porque habéis de responder.

*Vase.*

ENRIQUE ¿Sello del rey? Yo confieso  
 que alegre el alma dispongo.  
 Sobre mi cabeza os pongo,  
 con el alma y boca os beso. [*Lee*].

«No soy rey si me faltáis,  
mi Enrique: sin vos, ¿qué valgo?  
Si de nuevo sabéis algo,  
me avisad, y cómo estáis.  
Si tenéis amigo fiel,  
voy investigando ya,  
porque nunca lo será  
el que lleva este papel.  
César solicita, amigo,  
que a mi palacio tornéis.  
¡Feliz vos, que conocéis  
el amigo y enemigo!».  
Trae recado con que escriba.  
(¡Ah gran rey! ¡Cuánto te debo!  
Nuevo Numa, César nuevo,  
siglos tu grandeza viva).

*Dice dentro Chirimía.*

CHIRIMÍA Señor conde, ¿es alguacil?  
¿Qué busca por los rincones?  
Ojos tiene porquerones  
y alma corcheta sutil;  
cese su curiosidad.  
Pues, ¿qué mira? No tenemos  
sino dos grandes extremos  
de pena y necesidad.  
Todo el rey nos lo ha quitado  
por bellacos y malsines,  
¿Qué busca? Amigos rüines  
nos trujeron a este estado.

*Sale Ludovico y Chirimía.*

LUDOVICO Tu humor bufonesco y frío  
no debe extenderse a tanto;  
que se ofende el sacrosanto  
mandato real.

- CHIRIMÍA Conde mío,  
grave y enojado estás.
- LUDOVICO Ministros que son severos,  
de los hombres chocarreros  
no deben gustar jamás.
- ENRIQUE Pídeme el rey dos papeles,  
y así donde están le aviso.  
Ya que la fortuna quiso  
darme estrellas tan crueles,  
que influyen adversidades,  
suplico, señor marqués,  
a vuexcelencia, pues es  
tan amigo de verdades,  
que ampare así mi virtud  
tan perseguida.
- LUDOVICO Sí haré,  
y al rey también hablaré.
- CHIRIMÍA Ansí sea tu salud.
- ENRIQUE Julio servirle desea:  
suplícole le reciba  
en su servicio, ansí viva  
largos años.
- LUDOVICO Julio sea  
mi criado.
- JULIO A tal merced  
dé el alma correspondencia.
- ENRIQUE Los pies beso a vuexcelencia.
- LUDOVICO Dios guarde a vuesa merced.

*Vase.*

- CHIRIMÍA ¡Vuesa merced! ¿Vuesa... qué?  
Baje un rayo que la quemé.  
¡Vuesa mercé a don Enrique,  
habiendo sido  
vuexcelencia ayer, y hoy  
vuesa merced!
- ENRIQUE El marqués

sabe muy bien ser cortés.  
Enrique de Ávalos soy  
solamente, y no me toca  
agora otra cortesía;  
ten paciencia, Chirimía.

CHIRIMÍA Coso a dos cabos mi boca.

ENRIQUE (Al rey he avisado ya  
la junta que han aplazado [*Sale César*]  
esta noche: bien sellado  
va el papel, no le abrirá).  
César generoso y rico,  
¿venís con otro papel  
tan riguroso y cruel  
como el conde Ludovico?  
¿Venís a llevarme preso  
a más estrecho cuidado,  
ya que por cárcel me han dado  
la ciudad?

CÉSAR No vengo a eso,  
pues cuando su majestad  
tan rigurosos decretos  
ejecutar me mandara,  
con lágrimas y con ruegos,  
del rey al rey apelara,  
o me quitara primero  
deste corazón la vida,  
la cabeza deste cuello.  
No soy ministro del rey;  
a sólo avisaros vengo,  
con su licencia, que agora  
más os amo y más os quiero.  
Cuando en el verano alegre  
está rico, está soberbio  
el árbol en cuya pompa  
el sol recibe desprecios;  
cuando sus flores compiten  
con las estrellas del cielo,  
en su verde majestad,

blasón hermoso del tiempo;  
cuando en su gallardo fruto  
roba el color lisonjero  
al topacio y el rubí,  
rojo y pulido bosquejo:  
¿qué mucho que el pajarillo,  
sus pimpollos tiernos,  
contra pájaros rapantes,  
tome su amparo y sustento?  
Mas cuando llega el octubre,  
y con los soplos del cierzo  
derriba la verde pompa  
que abril y mayo le dieron,  
y cuando las inclemencias  
de las aguas y los vientos,  
en arrugadas cortezas  
le dejan desnudo y feo;  
cuando las aves le niegan  
por encogido y por seco,  
sin ver que otra primavera  
galas le dará a su tiempo,  
entonces sí que se muestra  
aquel amor verdadero,  
aquel instinto piadoso  
y bruto conocimiento  
de la viuda tortolilla,  
que entre los ramos, trofeos  
en quien mostró su poder  
la helada faz del invierno,  
vive triste y muere alegre.  
Así yo, cuando los cielos  
con sus astros favorables  
prosperidad te infundieron,  
no hice mucho en ser tu amigo  
si los príncipes del reino,  
como al sol los girasoles,  
a tu voluntad atentos,  
del aliento de tu boca

pendían, y mi provecho  
entre las honras hallaba  
de tu amistad, o a lo menos  
parecer ambición pudo  
lo que era amor; pero luego  
que la fortuna y los hados  
se te mostraron adversos,  
y en la noche de tu dicha  
cual vanas sombras huyeron  
los que a la luz te servían,  
tórtola soy que te muestro,  
buscando tus yertos ramos,  
mi dolor y sentimiento.  
Por ti mismo te he querido;  
para el amor de mi pecho,  
lo que fuiste eres agora;  
y aun eres más, pues teniendo  
magnánimo corazón,  
mereces renombre eterno  
de varón constante y fuerte:  
un Hércules y un Teseo,  
otro Píldes y Orestes,  
otro prodigioso ejemplo,  
en los anales del mundo,  
de tierna amistad seremos.  
Bien sé que al rey no ofendiste;  
en mi mismo pensamiento  
reconozco tu lealtad;  
que vivifica dos cuerpos  
una alma sola, y así  
siendo tú otro yo, bien puedo  
decir que traición no hiciste,  
pues que yo traición no he hecho.  
Envidia te ha derribado,  
que es rayo, aborto del trueno,  
que en lo poderoso y alto  
funda su poder violento.  
Hoy el rey (como hombre, al fin,

sujeto a humanos efetos)  
 pasó su amor a otros polos,  
 como el sol a otro hemisferio.  
 Yo, Enrique, pobre no estoy,  
 si hacienda heredada tengo,  
 dueño eres della, pues eres  
 alma de su mismo dueño.  
 Si acaso estás temeroso  
 del enojado y severo  
 semblante del rey, a España  
 pasarnos los dos podemos.  
 Corramos una fortuna,  
 suframos los dos el peso  
 de la herida que te oprime,  
 girando en fatales vuelcos.  
 Joyas tengo y dos caballos  
 que español cristal bebieron  
 en las márgenes del Betis,  
 uno blanco y otro negro,  
 que a los del alba parecen;  
 huyamos los dos en ellos  
 a otro clima, a otra región,  
 a otros mares, a otros cielos,  
 y a otro rey que reconozca  
 tus grandes merecimientos;  
 a otro rey que niegue oídos  
 a engañosos lisonjeros.

ENRIQUE ¡Dichosa mi adversidad,  
 pues es la piedra que pruebo  
 los quilates de tu amor!  
 Con el alma te agradezco  
 la generosa intención;  
 pero no me oprime el miedo,  
 la conciencia está segura,  
 y espero en Dios que algún tiempo...  
 (Pero, secreto, detente:  
 no te atrevas al silencio).

CHIRIMÍA Aquí ha llegado, señor,

a la puerta un escudero  
de la condesa.

ENRIQUE ¿De cuál?

CHIRIMÍA Eso es lo que yo no entiendo.

«La condesa, mi señora,  
(dijo) que tiene deseo  
de ver al señor Enrique»,  
y volvió la espalda luego.

ENRIQUE De Elena debe de ser,  
que el enojo de los celos  
serenó con mis desdichas.  
Porcia, como pobre, entiendo  
que mi Estado pretendía,  
y ya habrá dado a los vientos  
su esperanza y su cuidado.

CÉSAR Si ha sido amor verdadero  
el de Elena, con su Estado  
vivirás rico y contento.

ENRIQUE Del amor y la amistad  
un examen voy haciendo:  
Amor, descúbrete agora,  
haz tu valor manifiesto  
pues la amistad sacrosanta  
su verdad ha descubierto.

*Vanse. Salen Elena e Isabel.*

ISABEL ¿Es posible, bella Elena,  
que ya no te comunique  
en las desdichas de Enrique  
el amor alguna pena?  
¡Pobre Enrique! ¿Alegre estás?  
Enrique sin su privanza,  
Enrique en tanta mudanza,  
¡y tú no lo sientes más!

ELENA Isabel, una verdad  
quiero que sepas agora:  
ni se rinde ni enamora

mi soberbia voluntad.  
Nunca supe qué es amor:  
y aquel fingido cuidado  
era una razón de estado  
y disinio superior.  
Hablando afecto, no amaba;  
mi aumento así pretendía,  
porque ser mujer quería  
del que este reino mandaba,  
Cayó, y así te prometo  
que mi intención hizo pausa,  
porque cesando la causa,  
ha de cesar el afecto.

ISABEL Si aspiras a ser mujer  
del privado Ludovico  
es ya generoso y rico,  
y tu dote viene a ser  
lo mejor del reino: intenta  
rendirle la voluntad.  
Con Estado y majestad,  
el mismo rey hará cuenta  
de ti, según lo que veo.  
Lo que te he dicho procura:  
con riqueza y hermosura,  
serás el sol y el trofeo  
de Nápoles.

ELENA Dices bien:  
mi gallarda presunción  
aconseja al corazón  
que lo sienta ansí también.  
Pero Ludovico tiene  
amistad a Enrique fiel,  
y intercediendo por él,  
pienso que a mi casa viene;  
porque me envió un recado  
diciéndome que tenía  
que hablar conmigo este día  
un negocio, y he pensado

que lo pretende casar  
conmigo, sin duda alguna  
pensando que su fortuna  
así se ha de mejorar.  
Pero son grandes engaños,  
si esto Enrique imaginó.  
¿Mujer de hombre pobre yo,  
Isabela? ¡Malos años!

ISABEL La condesa Porcia viene.

ELENA Como le doy alimentos  
y está pobre, por momentos  
me está pidiendo.

ISABEL Ella tiene  
conforme a su calidad  
la riqueza y la hermosura;  
prima es tuya, honrar procura  
tu sangre con tu lealtad.

*Sale Porcia, con manto.*

PORCIA Yo he de volver de priesa:  
la silla espere.

ELENA En buen hora  
vengas, Porcia,

PORCIA Mi señora,  
mi bien, amiga, condesa,  
no vengo, como solía,  
a recibir tus favores;  
que son las penas mayores,  
que están en el alma mía.  
Amor mandó que viniera  
a pedirte, como suelo,  
a pesar de mi desvelo,  
y basta que Amor lo quiera.

ELENA Desdichas, pena y dolor,  
lágrimas, desasosiego,  
humos son de oculto fuego:  
mátenme si no es amor.

PORCIA ¡Ay prima! Tú has acertado.  
 Amor es, de amores lloro;  
 sino que está el que yo adoro  
 muy pobre y necesitado.  
 Perdóname mis ternezas,  
 porque son finas verdades.

ELENA Dirás, prima, necedades,  
 afectos no, ni finezas.  
 ¿Porcia ha de amar obligando?  
 Sangre de un rey procedida,  
 ¿ha de comprar ser querida?  
 Dime, Porcia, dime: ¿cuándo  
 has visto ilustre mujer  
 con ese cuidado vil?  
 ¿De qué romana gentil  
 se oyó tal? ¿Tú has de querer  
 hombre pobre, siendo tales  
 sus partes, que amor te sobre?  
 Pobre tú, y tu amante pobre,  
 ¿no es juntar dos hospitales?  
 Amor que forzosamente  
 por fin tiene el casamiento,  
 no debe ser tan violento,  
 tan necio y tan imprudente.  
 Tu hermosura y calidad,  
 fuerza es que causen cuidados  
 a príncipes con Estados,  
 con riqueza y majestad.  
 Rica soy, Estados tengo:  
 rico también ha de ser  
 quien me quiera por mujer.

PORCIA Incapaz, Elena, vengo  
 de consejo: tú me das  
 dos mil ducados de renta;  
 pues tu mano me alimenta  
 dame una joya no más.  
 No quiero más alimentos,  
 no quiero más que me des,

como ostente amor, al que es  
alma de mis pensamientos.

ELENA A tanta resolución  
yo no tengo otra respuesta,  
Porcia amiga, sino esta:  
estas dos sortijas son  
giros y esferas del día.  
Esta joya es relevante,  
y en ella brilla un diamante  
que al mismo sol desafía.  
Cuatro mil ducados valen:  
por ellas te los darán;  
luces son que enjugarán  
penas que del alma salen.  
Toma, prima.

PORCIA Yo he de ser  
tu esclava, y en serlo gano.

ELENA ¿Qué tienes en esa mano?

PORCIA Diéronme una nueva ayer,  
de pesadumbre; tenía  
un cuchillo, que fue rayo:  
siguió al pesar un desmayo,  
caí, y corteme; y había  
de escribir hoy un papel  
acerca de mi cuidado,  
y no podré. Trae recado.  
y escribirás.

ISABEL Voy por él.

*Vase.*

ELENA Yo seré tu secretaria,  
y aprenderé, por si amare  
alguna vez.

PORCIA Quien hallare  
esa quietud, necesaria  
al vivir, no quiera bien. [*Sale Isabel*].  
No inquiete, no, su memoria,

pues se pierde en esta historia  
el alma y vida también.

ELENA Nota, prima, que en tu estilo  
darás a mi entendimiento  
o doctrina o escarmiento.

PORCIA ¡Felice ignorancia!

ELENA Dilo  
de veras.

PORCIA Escribe, pues.

ELENA Ve diciendo.

PORCIA «Sabe el cielo,  
mi señor...».

*Sale Ludovico y Julio.*

LUDOVICO Julio, recelo,  
que cierta mi desdicha es,  
si alcanzo lo que pretendo,  
con Elena me está bien  
desposarme.

JULIO A ella también.

LUDOVICO Recelo que está escribiendo.

ELENA Si es tu afición verdadera,  
bien lo encareces ansí.

ISABEL (Señora, el conde está aquí).

ELENA (Y como si no estuviera).

ISABEL (Dile a boca o por papel  
cómo le quieres a él).

ELENA (Sin duda me determino).

PORCIA (A solas sabrás mejor  
qué te quiere. Doy lugar).

LUDOVICO Si he venido yo a estorbar,  
volvereme.

PORCIA No, señor.

*Toma el papel y vase.*

LUDOVICO Señora, sin tu licencia,  
hasta donde estás, me he entrado.

ELENA Venir puede confiado  
a su casa vuexcelencia.

LUDOVICO Señora, mi amor os digo  
sin retóricos rodeos;  
que no pueden mis deseos  
con un tan grande enemigo  
reposar: en conclusión,  
puesto que el alma os adora,  
alcance el conde, señora,  
lo que Enrique quiere.

ELENA Son  
inútiles pensamientos,  
si ya os digo que elegí  
otro vos por dueño, y si  
entendéis bien mis intentos  
no os obligue el amistad  
a hacer contra vos; y digo  
que es bien que mire el amigo  
primero su utilidad.  
Atrévome a aconsejaros  
por quereros bien; y en esto  
no puede un amor honesto  
más claramente mostraros  
su intención.

LUDOVICO (¡La obligación  
de la amistad me ha mostrado!).

ELENA Habiéndome declarado,  
itriste estáis! ¿Por qué razón?

LUDOVICO Porque decís, mi señora,  
que vos con Enrique estáis  
en esa opinión.

ELENA Dudáis  
bien lo que mi pecho os adora;  
lo que digo... y me holgaría  
que así de vos lo supiese.

*Sale Enrique y Chirimías.*

LUDOVICO ¿Y no queréis que me pese?

ELENA No, si estimáis la fe mía.

ISABEL Enrique ha entrado.

ELENA (Esperando

la respuesta estaba).

Adiós.

Por no estar entre los dos  
adorando y despreciando...

conde, ya os dije mi pena;

perdonad mi atrevimiento,

y haced este casamiento,

porque os sirva siempre Elena.

Enrique el conde os dará

respuesta a vuestra intención;

que pues me vio el corazón

lo que en él pasa os dirá.

*Vase.*

LUDOVICO Podré decir que no eres

desdichado en todo, pues

tuya la condesa es.

ENRIQUE ¡Oh blasón de las mujeres!

LUDOVICO Con gran fe, con gran prudencia

te está amando.

ENRIQUE ¿Quién podía

darme nuevas de alegría

que no fuese vuexcelencia?

LUDOVICO (Corrido voy y afrentado.

¡Que conserve Elena amor

a un hombre medio traidor,

y que a mí me ha despreciado!).

ENRIQUE Irle tengo acompañando

si gusta.

LUDOVICO ¿No he de gustar?

CHIRIMÍA (¡Que se deje acompañar

Ludovico! Voy rabiando,  
sí, vive Dios).

JULIO ¿No me ves,  
que he de ir delante?

CHIRIMÍA ¿Esto pasa?

JULIO ¿Cómo va de hambre en casa?

CHIRIMÍA Yo te lo diré después.

JULIO Tente.

CHIRIMÍA Julio, si hasta aquí  
Chirimía me llamé,  
Mayo me llamo.

JULIO ¿Por qué?

CHIRIMÍA Por ir delante de ti.

*Vanse y sale Porcia y el escudero.*

PORCIA ¡Ce, Chirimía! ¡Ah criado  
de Enrique! Fuese: no oyó.  
Tras el conde va, y entró  
aquí: ¿si me habrá buscado?  
Que es tanto lo que le quiero,  
y le deseo servir,  
que luego tiene de ir  
a buscarle el escudero.  
Toma, Celio, y vete presto  
tras Enrique, y dale a él  
estas joyas y papel.

CELIO (Mátenme, si amor no es esto).

*Vanse y sale Enrique y Chirimía.*

CHIRIMÍA A oscuras nos deja Febo:  
¿quieres luz?

ENRIQUE Sí, tráela apriesa.

CHIRIMÍA Luz te traeré portuguesa.

ENRIQUE ¿De qué suerte?

CHIRIMÍA Vendrá en sebo.

Ya la que labró la abeja,

blanca cera, entre miel pura,  
 en ti se ha vuelto gordura  
 de un chivato o una oveja.  
 Esta fortunilla vil  
 a sebo nos trae, de cera:  
 ¡plega al cielo, que no quiera  
 bajar de sebo a candil!  
 Y aun, según es la fortuna,  
 aún deso podrá quitar,  
 porque nos vendrá a dejar  
 a los rayos de la luna.

ENRIQUE Naturaleza los da  
 para ausencia de los días.

CHIRIMÍA Son excelentes bujías  
 para lechuzas.

*Sale Celio.*

CELIO ¿Está  
 don Enrique en casa?

CHIRIMÍA Sí.

CELIO Entro, pues. Sus manos besa  
 mi señora la condesa,  
 y esto envía para ti.

CHIRIMÍA Caja y papel con respeto,  
 besándolo, te entregó,  
 y las espaldas volvió:  
 no vi viejo tan inquieto.  
 Él da, no pide, y se va  
 sin decirnos qué condesa,  
 entre tantas, le da priesa.

ENRIQUE El papel nos lo dirá.

CHIRIMÍA Voy por luz, humilde y baja,  
 antípoda de la miel;  
 no para ver el papel,  
 sino para abrir la caja.

ENRIQUE Finezas serán de Elena,  
 que hoy con discreto cuidado,

en su amor disimulado  
embozó también la pena.

CHIRIMÍA Lo que da, mejor es viento:  
tesoros de duende son.

¡No se nos vuelva carbón!  
Abre la caja con tiento.

ENRIQUE Veré el papel.

CHIRIMÍA ¡Pesía tal!

Abre la caja. ¿Qué lees?  
En tu vida brujulees  
las nuevas del bien o mal.

*Lee Enrique.*

ENRIQUE «Sabe el cielo, mi señor,  
las lágrimas y la pena  
(letra es esta de mi Elena:  
¡oh, qué finezas de amor!)  
que me ha costado el rigor  
con que la fortuna fiera  
trata fe tan verdadera,  
pues no tiene culpa, no,  
hombre tal, que mereció  
que yo le estime y le quiera.  
Esas joyuelas te envió,  
que son humildes trofeos  
de mis gigantes deseos:  
recíbelas, dueño mío;  
que yo en el tiempo confío  
que al discurrir y volar,  
tu dicha ha de mejorar  
por bien diferentes modos;  
y cuando te falten todos,  
yo no te puedo faltar».

CHIRIMÍA ¿Firmó?

ENRIQUE Cuando viene a ser  
de una persona querida  
la letra tan parecida

la firma no es menester.  
 ¡Oh soberana mujer!  
 Tú serás de aquí adelante  
 laurel que la fama cante.  
 Poetas, los que decís  
 que es vario animal, mentís:  
 veis aquí mujer constante.  
 Si en estado lastimoso  
 hay mujer que no me niega,  
 callad vos, Elena griega,  
 pues soy Paris más dichoso.

CHIRIMÍA Abre ya, que no reposo  
 hasta ver la rica alhaja  
 que a Muza envió Daraja.

*Abre la caja.*

ENRIQUE Más estima un alma fiel  
 las razones del papel,  
 que las joyas de la caja.

CHIRIMÍA Por Dios, que brillan.

ENRIQUE Yo vi  
 en su pecho aquesta joya;  
 aunque en las piedras no está  
 la fineza y la riqueza.

CHIRIMÍA ¿Pues dónde está?

ENRIQUE En la fineza  
 de la mujer que las da.

*Llaman.*

CHIRIMÍA Cierra la caja, que creo  
 que vienen por ella.

ENRIQUE Vete  
 a dormir.

CHIRIMÍA ¿De qué clarete  
 me ves borracho?

ENRIQUE Deseo

quedar solo; que peleo  
con mis tristezas a solas.

CHIRIMÍA Voime a arrojar a las olas  
del sueño, que es mar profundo.

*Vase.*

ENRIQUE Aquí empieza a ver el mundo  
las cautelas españolas.  
Ya está abierto, entre quien es.

*Entra el rey, de noche.*

REY ¿Estáis solo?

ENRIQUE Solo estoy.  
¿Quién es?

REY Vuestro amigo soy:  
¿no me conocéis, marqués?

ENRIQUE Arrojareme a tus pies  
lleno de gozo y espanto,  
viendo que es de favor tanto  
incapaz el alma mía,  
de tan notable interés.

REY Alza, amigo.

ENRIQUE No te espante,  
si no te obedezco y digo  
que es decir, «Levanta, amigo»,  
decir que no me levante;  
porque ese nombre gigante  
no me ajusta: hormiga fui.

REY Levanta, Enrique.

ENRIQUE Eso sí.

REY Eres vasallo leal.

ENRIQUE Ese nombre es celestial,  
y es, gran señor, para mí.

REY Avisásteme que tienes  
junta esta noche en tu casa,  
y quiero ver lo que pasa

escondido en ella.

ENRIQUE Vienes  
a asegurar en tus sienas  
la corona merecida:  
vienes a darme la vida.

REY Vengo a lo menos a verte;  
que esa es la causa más fuerte,  
Enrique, de mi venida.  
¿Cómo estáis?

ENRIQUE Como sin mí,  
sin ti, en esta ausencia corta;  
mas si mi ausencia te importa  
y te dejo a ti por ti,  
bueno estoy; estando así.

REY Yo, Enrique, como he tenido  
sin ti el amor escondido  
entre aparentes enojos,  
vengo a exhalar por los ojos  
el contento reprimido.  
¿Examinaste la fe  
de alguna dama?

ENRIQUE Supuesto  
que es amor casto y honesto,  
sin vergüenza lo diré.  
Sí, mi señor.

REY ¿Y quién fue?

ENRIQUE La condesa Elena.

REY Enrique,  
cuando el reino pacifique,  
con ella te casarás.

ENRIQUE Siglos del fénix y más  
el cielo te comunique.  
Esconde aquí tu valor,  
que a la puerta sentí gente.

REY La primera vez que siente  
este pecho algún temor,  
es esta.

ENRIQUE ¿Por qué, señor?

REY Porque recelo perder  
este reino, y no poder  
hacerte bien.

ENRIQUE Si perdida  
no fuere antes deso mi vida,  
no te queda qué temer.

*Escóndese el rey, y salen los príncipes y Ludovico, embozados.*

TARANTO ¿Podemos entrar? ¿Están  
recogidos los criados?

ENRIQUE Sí, señor, embozados  
seguramente podrán  
entrar.

SALERNO Nos maravillas  
viéndote alegre y constante.

*Desembózanse.*

ENRIQUE ¡Oh canciller! ¡Oh almirante!  
Vuexcelencias tomen sillas.  
Yo príncipes he esperado,  
mas no tan grandes. ¿Quién es  
el embozado?

TARANTO Después  
hablará, que es un criado.  
¿Posible es que a tal fortuna  
Enrique Ávalos venga,  
y que rostro alegre tenga  
hombre que pisó la luna?  
Estos desprecios padece  
y alegre sufre esta injuria.  
¿Cómo no crece la furia,  
al mismo paso que crece  
la adversidad desta casa  
y esta luz? Agravios son  
de un magnánimo varón:  
de la injusticia que pasa,  
son testigos.

- SALERNO Don Enrique,  
a consolarte y a verte  
venimos, para ofrecerte,  
sin que el día lo publique,  
nuestras haciendas y vidas:  
y consentir no queremos  
que lleguen a estos extremos  
fortunas no merecidas.
- ENRIQUE Príncipes, alegre estoy,  
aunque otra dicha no espero,  
las veces que considero  
que en nada culpado soy.
- TARANTO Esa es mayor injusticia,  
ese es el mayor agravio:  
el castigo sufra el sabio,  
mas no sufra la malicia.  
Don Enrique, hablemos claro:  
¿Queréis dar a vuestro honor,  
con un estado mejor,  
honra, nobleza y reparo?  
Y pues que sois tan discreto,  
y venido a tal miseria,  
para hablar desta materia,  
no hay que encargaros secreto.
- ENRIQUE La Naturaleza es tal,  
que a los brutos enseñó  
a querer su bien, y yo  
alma tengo racional,  
y he de apetecer lo mismo.  
Salir con ansias deseo  
del estado en que me veo;  
mas hay en medio un abismo  
de grandes dificultades.
- TARANTO Ese es prohibido temor,  
pues no aventuras tu honor,  
si a aquesto te persuades  
con un impulso eficaz.

Pues los hombres desta tierra  
hijos somos de la guerra,  
¿para qué queremos paz?  
Nuestro ánimo el mundo vea;  
de estado nos mejoramos,  
si los tres el reino damos  
a Carlos, que lo desea.  
Deste gallardo francés  
firmas en blanco tenemos,  
y en su nombre os ofrecemos,  
porque tu ayuda nos des,  
un Estado poderoso  
en este reino.

ENRIQUE Yo aceto  
esa merced, y prometo  
de concurrir animoso  
a esa acción, y certifico  
que imposibles venceré.

LUDOVICO Agora sí que podré  
descubrirme.

ENRIQUE ¡Oh Ludovico!

LUDOVICO No esperé menos jamás  
de tu corazón fiel.

REY (Ni yo esperé menos dél.  
Prosigue: descubre más).

ENRIQUE ¿Qué es lo primero que está  
trazado?

SALERNO Juntar conviene  
nuestra gente, y la que tiene  
nuestro primo, y él vendrá  
en dando el francés aviso.

ENRIQUE ¿Y qué capitán valiente  
ha de gobernar la gente?

LUDOVICO ¿Quién sino tú, pues que quiso  
la militar disciplina  
aprender reglas de ti?

ENRIQUE Aceto el cargo.

REY (Y ansí

no temeré la rüina  
de mi reino).

TARANTO ¿Por qué parte  
se ha de empezar esta guerra?

SALERNO Por Calabria, que es la tierra  
más dispuesta al son de Marte.

ENRIQUE Pues dadme una firma desas  
del francés, dos veces franco,  
porque pueda yo en su blanco  
asegurar sus promesas.

TARANTO Bien has advertido; alabo  
la sagaz prudencia tuya.  
Toma un papel en que va  
firma de Carlos Octavo.

ENRIQUE Famoso rey, en quien puedo  
decir que oyéndome estás,  
pues con una firma das  
mercedes, honor y miedo:  
mi rey eres, y protesto  
que, aunque aventure mi honor  
y me tengan por traidor,  
te obedezco y sirvo en esto.  
Óyeme, rey liberal,  
si aquí alcanza tu poder:  
yo te prometo de ser  
eternamente leal.  
Este cargo que he aceptado,  
en servicio tuyo fue,  
porque a mi lealtad y fe  
ningún vasallo ha igualado.  
Recibe, rey, mi deseo,  
pues puedo decir que aquí  
estás, y me escuchas.

REY (Sí:  
ya lo he entendido y lo creo).

LUDOVICO Ya que a la ayuda del rey  
prometes poner efeto,

desta verdad el secreto  
debes jurar.

ENRIQUE Esa es ley  
de todos los conjurados:  
yo la estimo y reverencio.  
Al secreto y al silencio  
estemos juramentados:  
y así, por la ley sagrada  
que adora y sigue el cristiano,  
por el cielo soberano,  
y por la cruz desta espada,  
juro, y digo que este intento  
de mi boca no sabrán,  
sino sólo los que están  
oyendo mi juramento.  
Juro por Dios trino y uno,  
so pena de que esta espada  
en mi sangre esté manchada,  
de no tratar con ninguno,  
(fuera de aquellos que estamos  
presentes), nuestra intención  
y aquesta conjuración.

LUDOVICO Todos así lo juramos.

TARANTO Quédese para otro día  
la sesión en este estado;  
que pienso que ya ha llorado  
sus perlas el alba fría,  
y importa que no nos vean,  
para que no se publique.

SALERNO Bien dices; adiós, don Enrique.

ENRIQUE Como mis ojos desean,  
suceda todo. [*Vanse.*]  
¿Quién vio

tal conflicto, tal contraste?

REY ¿Por qué no les preguntaste  
que, habiéndoles hecho yo  
tantas mercedes, por qué  
ánimo traen malicioso?

ENRIQUE Por no hacerme sospechoso,  
que ya lo consideraré;  
y pues mi lengua atrevida,  
al parecer y opinión  
destos tres hizo traición,  
quítame, señor, la vida.

REY ¿Qué dices? Enrique, calla,  
porque el rey más singular  
la vida puede quitar,  
pero no puede alargalla.  
Sólo a Dios se reservó;  
y yo quisiera tener  
trocado a queste poder  
en ti solo, porque yo  
el poder de Dios quisiera  
para darte vida tal,  
que pareciera inmortal,  
ya que infinita no fuera.

ENRIQUE A ese amor no correspondo,  
si no te beso los pies.

REY Gente he sentido, marqués.  
Otra vez aquí me escondo.

*Sale César.*

CÉSAR No vengo, como solía,  
en tu amistad confiado;  
porque soy tan desdichado,  
que ese bien que yo tenía  
ya me ha faltado, y así,  
pues tanta desdicha tengo,  
a que me des muerte vengo,  
para vengarme de ti.  
Tu amigo fui, y, vive Dios,  
que con tirana impiedad  
se ha de borrar la amistad  
con la sangre de los dos.

ENRIQUE ¡César! ¿Qué tienes?

CÉSAR Un dolor

a los infiernos igual:  
de día te hallé leal;  
de noche te hallé traidor.  
¿Qué he de tener, si esto pasa,  
para más desdicha mía?  
Estas joyas te traía,  
cuando salir de tu casa  
hombres rebozados vi;  
diome cuidado el suceso,  
temí tu daño, y por eso  
a los dos reconocí.  
El de Taranto y Salerno  
eran estos, y yo sé  
que esta visita no fue  
de piedad y de amor tierno.  
¡A estas horas, y estos dos,  
de quien con causa sospecho  
que traen veneno en el pecho  
contra mi rey! Vive Dios,  
que no es visita de amigo,  
indicios y amagos son  
de alguna conjuración,  
que se ha tratado contigo.  
Y siendo de aquesta suerte,  
muera el uno, si reñimos,  
porque no digan que fuimos  
amigos hasta la muerte.  
Que no es razón que vivamos,  
tú, porque traidor has sido,  
ni yo, porque te he tenido  
por leal. Solos estamos,  
mete mano, haz lo que digo;  
que dirán contra mi honor  
que Enrique ha sido traidor,  
y que César fue su amigo.  
Si acaso me dieres muerte,

con esas joyas podrás  
escaparte, y me darás  
vida así, para no verte  
cometer traición alguna;  
y si te matare yo,  
tu delito te mató,  
que no tu adversa fortuna.  
Acábese con la muerte  
amistad tan engañada.

ENRIQUE Detén, amigo, la espada.

CÉSAR No soy tu amigo, y advierte  
que Estados puede quitar  
el rey, con razón y fuerza;  
pero no es de aquesta injuria  
de quien se debe vengar  
el vasallo, porque el rey  
es un dios, aunque pequeño:  
de nuestras honras es dueño;  
su gusto es su misma ley.  
No te engañen ni aconsejen,  
con máscara de venganza,  
a hacer alguna mudanza  
y en el peligro te dejen.  
Mira qué has hecho, por Dios,  
que es el que vida ha de darnos;  
o que habemos de matarnos,  
o has de jurar que estos dos  
en tu casa no han de entrar  
otra vez.

ENRIQUE Yo, César, juro  
que tu honor está seguro  
y que te puedes fiar  
de mi amistad.

CÉSAR Ni te creo  
ni te abono.

REY Yo lo fío.

CÉSAR ¡Válgame Dios! Señor mío,  
¿cómo en esta casa os veo?

REY Porque quiero que los tres  
hagamos eternos lazos  
de amistad. Dadme esos brazos.

CÉSAR Dame tú, señor, los pies.

REY Mi parte quiero tener  
entre dos amigos tales.

CÉSAR Diles vasallos leales.

REY César, silencio.

CÉSAR He de ser  
un Argos que calla y vela.  
Ya alenté y cobré la vida.  
¡Vive Dios, que es la caída  
cautela contra cautela!

## JORNADA TERCERA

*Salen César y Enrique.*

CÉSAR Amigo, ¿no me dirás  
cómo el rey, si está enojado,  
en tu misma casa ha entrado?

ENRIQUE César, después lo sabrás;  
el que ser amigo quiere,  
para acertar bien a sello,  
no ha de saber más de aquello  
que su amigo le dijere.

CÉSAR Ya no lo quiero saber,  
y bástame averiguar  
que en gracia debes de estar  
del rey. Pero ¿qué mujer  
hallaste firme?

ENRIQUE En Elena  
he descubierto más fe;  
y aunque a Porcia me incliné,  
libre estoy de aquella pena,  
porque soy agradecido.

CÉSAR Desá manera, ¿bien puedo  
decir, Enrique, sin miedo,  
que amante de Porcia he sido?

ENRIQUE ¿Eso me has callado así?  
Especie fue de traición,  
que una amorosa pasión  
me hayas ocultado a mí.  
Sírvela, César, agora  
que ella y Elena son damas

de la reina: un ángel amas.  
¡Dichoso aquel que la adora!  
Y ¡ojalá yo la quisiera  
con el extremo mayor  
que vio en sus penas amor,  
porque en dejártela hiciera  
algo por ti! Que dejando  
amarte mujer tan bella,  
te diera el alma con ella,  
y así te estuviera amando  
de dos maneras quien te ama  
y te da con voluntad  
dos almas en la amistad,  
y dos vidas en la dama.

CÉSAR Aceto esa cortesía:  
de Porcia me he de llamar.

ENRIQUE No puedo en público entrar  
en palacio, y dar querría  
a Elena aqueste papel...  
Mas César se lo dará,  
que es otro yo: abierto va;  
que a portador tan fiel  
se debe esta confianza.  
¿Cuál es? Este: toma, amigo.

CÉSAR En mi pecho irá conmigo,  
por ser tú su semejanza,  
tan recatado el papel,  
que mis mismos ojos sean  
los primeros que no vean  
lo que llevo escrito en él.

ENRIQUE De tu mente es un consejo,  
pues lo ha sido de la mía.  
El rey a llamarme envía,  
y he de entrar con gran secreto.

*Vase.*

CÉSAR Lengua, finezas os deban

de las que siempre habéis hecho:  
ni a mis ojos ni a mi pecho  
preguntéis qué es lo que llevan.

*Salen los príncipes.*

SALERNO Príncipe, de aquí adelante  
con más cuidado y frecuencia  
se debe hacer asistencia  
aquí en Palacio.

TARANTO El diamante  
se rinde al diestro buril,  
peligros abrevia el arte,  
un risco se ablanda y parte  
a las lluvias del abril;  
pero escucha, que el rey sale.

REY ¡Oh mis parientes y amigos!

TARANTO Vasallos dirás, testigos  
del precio inmenso que vale  
tu favor.

REY (Disimulemos,  
sentimiento natural:  
vidrieras de cristal,  
son los ojos, en que vemos  
la más oculta pasión:  
reprimamos los enojos,  
y disimulen los ojos  
lo que siente el corazón).  
¿Cómo estáis? Porque os deseo  
salud y prosperidad.

TARANTO Es que ve tu majestad  
mis acciones.

REY Sí las veo.

SALERNO Y es que mi amor ha sabido  
tu majestad.

REY Sí lo sé.

TARANTO Nadie nos iguala en fe  
ni amor.

REY    Así lo entiendo.

*Sale Ludovico.*

LUDOVICO    Dame a besar esa mano,  
                  que un siglo ha que no te veo,  
                  y tanto verte deseo  
                  como a mi rey soberano.

REY    (¡Oh ambiciosa diligencia,  
                  nube opuesta a la justicia!  
                  ¡Que te enseñe la malicia  
                  tan lisonjera elocuencia!).

LUDOVICO    Siempre los tres procuramos  
                  la gloria de tus renombres.

REY    (¡Que haya en el mundo estos hombres!).

LUDOVICO    Lo que los tres deseamos  
                  te suceda.

REY    (No permita  
                  mi fortuna tal suceso).  
                  Y vosotros, antes deso,  
                  tengáis lo que os solicita  
                  mi cuidado.

LUDOVICO    ¿Qué nación  
                  tuvo rey tan excelente?

REY    (¡Oh lisonjero valiente!  
                  ¡Oh villana adulación!).  
                  Y vos, ¿qué estáis escuchando?  
                  Yo no permito testigos,  
                  cuando estoy con mis amigos  
                  discurriendo y conversando:  
                  salid fuera.

CÉSAR    (¡Qué es aquesto!  
                  ¡La otra noche tanto amor,  
                  y agora tanto rigor!  
                  ¡Desvanecida tan presto  
                  ha quedado mi esperanza!  
                  Que caiga lo levantado  
                  no es mucho, pues ha trepado

a riesgos de la mudanza;  
por el escalón primero  
volver atrás de improviso,  
o es desdicha o es aviso,  
que no es bien subir; yo quiero  
escarmentar animoso,  
no poniéndome delante;  
no entiendo al rey el semblante:  
o es mudable o cauteloso.

*Vase.*

REY (César se fue sin saber  
que es un enigma mi amor,  
una esfinge mi temor,  
y mi rostro una mujer.  
Aborrezco lo que estimo,  
y estimo lo que aborrezco:  
al mismo engaño parezco).  
Marqués de Pescara, primo,  
ahí detrás desos cancelos  
de pintadas celosías,  
donde suelo algunos días  
sentarme yo a ver papeles,  
breve suma y relación  
de los negocios me haréis.  
Sobre el bufete hallaréis  
los papeles.

TARANTO No es razón,  
cuando ocupado te veo,  
que estemos aquí los dos.

REY Bien decís, y guárdeos Dios  
con el premio que os deseo.

*Vanse Taranto y Salerno, y dice dentro Ludovico.*

LUDOVICO Para ver si algo mandares,  
los papeles voy mirando.

REY Aquí me estoy paseando:  
pregunta lo que dudares.

LUDOVICO Un memorial está aquí,  
que el duque de Amalfi dio.  
¿Quieres escucharle?

REY No.

LUDOVICO ¿Has visto el de Capua?

REY Sí. [*Sale Enrique*].

La puerta del camarín  
siento abrir, Enrique ha sido,  
que a mi llamada ha venido  
por la puerta del jardín,  
y el marqués desde el cancel  
le ha de ver, y aun le ha visto:  
mal pensará si resisto  
de hablar agora con él.  
Avisé que le esperaba,  
y el secreto se revela:  
aquí importa una cautela.  
Esperando, Enrique, estaba,  
y con más razón que enojos,  
para decirte prevengo  
los sentimientos que tengo  
en el alma y en los ojos.  
Cada día voy sabiendo  
nuevas culpas contra ti;  
pero yo me culpo a mí...

ENRIQUE Mira, señor, que no entiendo...

REY Calla, bárbaro: no doy  
a tus disculpas oídos.  
Necio, ¿qué no has entendido  
la cólera con que estoy?  
¿Cómo quieres responder  
si apenas el alma explico?

[*Aparte*]. ¡Qué atento está Ludovico!

Aun señas no puedo hacer.

ENRIQUE (Nadie nos ve: ¿estando a solas,  
me trata el rey desta suerte?).

REY Español ingrato, advierte  
que tus errores son olas  
del mar, movidas del viento,  
que unas mueren y otras nacen,  
torres que los hombres hacen,  
sobre fácil fundamento,  
polvo será en breves días.

ENRIQUE Señor...

REY Calla.

ENRIQUE Dime...

REY Baste.

Muchas cosas ocultaste,  
que decírmelas debías.

ENRIQUE Mira, señor, que esta injuria...

REY (Si responde, se declara).

Calla, bárbaro: en mi cara  
¿no estás leyendo mi furia?

ENRIQUE (¡Vive Dios, que esto es de veras!).

¿Ingrato yo, yo infiel?

¡Qué desdichado es aquel  
que subió trepando esferas,  
para ver su perdición!

¡Oh mil veces soberano  
el estado que es mediano,  
sin soberbia ni ambición!

REY (Enrique no me ha entendido:

de verme solo se admira,

y Ludovico nos mira:

el secreto va perdido,  
si acaso se desengaña).

En castigo de tu yerro,  
de Nápoles te destierro.

Luego has de partirte a España.

ENRIQUE No quiero hablar disculpando

mi inocencia y mi verdad;

sólo de tu majestad

quiero despedirme hablando...

REY Ni aun eso quiero que digas;

despídete con los ojos,  
que tu lengua me da enojos.

ENRIQUE A tal silencio me obligas,  
que mudo seré desde hoy.

REY (Siento el verle padecer).  
Ludovico, pasa a ver  
cómo está la reina.

LUDOVICO Voy.  
(Si Enrique va desterrado,  
con más priesa y más secreto  
que las flores de Sebeto,  
sera el francés coronado).

ENRIQUE (¿Ludovico estaba aquí?  
¡Ya voy respirando, cielos!  
Volcanes y mongibelos  
me oprimían).

REY ¿Fuese?

ENRIQUE Sí.

REY ¿Es posible que no viste  
escondido este infiel  
detrás de aqueste cancel?  
Vive Dios, que me ofendiste  
creyendo así mis enojos;  
agraviaste mi lealtad,  
pues no viste la verdad  
disimulada en mis ojos.

ENRIQUE Deja que pueda alentar  
la voz: que mi sentimiento  
reprimió tanto mi aliento,  
que no podré respirar,  
si no llega al corazón  
poco a poco el desengaño,  
templando el susto y el daño  
que causó la aprehensión.

REY Siempre que muestre contigo  
tal enojo, considera  
que soy tu rey por defuera,  
y que dentro soy tu amigo.

Si dentro en mi pecho estás,  
 llave es mi amor con que abras:  
 no mires, no, mis palabras;  
 el alma has de ver no más.  
 Quise que no respondieras  
 porque no te declararas:  
 mejor era que callaras  
 y que culpado te hicieras.

ENRIQUE Culpa, aun fingida, no es buena.

REY Sí, cuando importa; yo sé  
 que entonces luce la fe.

ENRIQUE Bien ha menester la pena  
 que me diste ese favor  
 y dulce correspondencia,  
 y aun están en competencia  
 cuál de los dos es mayor.  
 Y la pena digo yo;  
 que el que lejos de ti está,  
 sin tu favor, vivirá,  
 pero en tu desgracia no.

REY Mientras que no estés preso  
 nunca mis enojos creas,  
 por más airado que veas  
 mi semblante.

ENRIQUE Tus pies beso.

*Sale Ludovico.*

LUDOVICO ¡Oigan, oigan lo que pasa!  
 Cautela fue su caída.  
 Vive Dios, que está mi vida  
 peligrosa en esta casa.  
 ¡Ay esfinges! Él revela  
 toda la culpa que tengo;  
 mas no será, si prevengo  
 cautela contra cautela.

*Vase.*

ENRIQUE Voy a hacer lo que pretendes.

REY Consuela a César, y adiós.

ENRIQUE De ti pendemos los dos.

REY De ti mi reino depende.

ENRIQUE Tú nos honras.

REY Tú me amparas.

ENRIQUE Fortuna, ¿desta manera  
das pasiones? No quisiera  
que alguna vez te enojaras.

*Vanse, y sale César y Elena.*

CÉSAR ¿Cómo en palacio se ha hallado,  
señora, vueseñoría?

ELENA Con más gusto cada día,  
porque la reina me ha honrado.

CÉSAR Ya sabe que a la amistad  
se debe la vara y templo,  
porque es símbolo y ejemplo  
de la fe y la lealtad.  
Con sus alientos me atrevo  
a darle aqueste papel:  
débeme secretos él,  
y yo respetos le debo  
porque la ley de quien fui  
sus letras ha venerado,  
y con no venir cerrado,  
trae candados para mí.

ELENA ¿De quién es?

CÉSAR Ese fue error.  
¿De quién ha de ser, me di,  
siendo papel para ti,  
y siendo yo el portador?

ELENA De don Enrique será.

CÉSAR ¿Hay otro que esto merezca?

ELENA Será que le favorezca  
con el rey.

CÉSAR Favor será  
sólo de tu amor honesto.  
ELENA ¡Qué engañada pretensión!  
(En gran duda y contusión  
aqueste papel me ha puesto,  
«Carlos, rey de Francia», escribe,  
y no otra cosa, y confirma  
que hay traición en la firma,  
o que engaños apercibe,  
o que es error).  
¿Has sabido  
qué traes aquí?

CÉSAR No, señora,  
no lo sé: ya os dije agora  
que a la amistad es debido  
este respeto.

ELENA Darás  
a su dueño ese papel:  
enigmas vienen en él;  
di que se declare más,  
y advierta que su lealtad  
está ya tan sospechosa,  
que a mí me tiene dudosa  
la sospecha y la verdad.  
Y que los vasallos buenos  
solo en gracia se mantienen  
de su rey, y que no tienen  
firmas de reyes ajenos.

*Vase.*

CÉSAR ¡Vive Dios, que yo también  
estoy dudoso y suspenso!  
Dudando estoy y lo pienso  
con lo que mis ojos ven.  
Pienso que Enrique es leal;  
la firma del francés veo:  
y así ni a los ojos creo

ni al pensamiento. ¡Qué mal  
viven hombres avisados  
sin astucia recatada!  
Aun en comedias me enfada  
ver dos papeles trocados.

*Sale Chirimía.*

CHIRIMÍA Señor César, ¿ha venido  
a palacio mi señor?

CÉSAR (Entre dudas y temor.  
traigo perplejo el sentido).

CHIRIMÍA Señor César, por su vida,  
que me diga dónde está.

CÉSAR (¡Válgame Dios! ¿Qué será?).

CHIRIMÍA Señor César.

CÉSAR (Quiero ver  
a Enrique, para saber  
este encanto, este secreto).

CHIRIMÍA Señor César. ¡Qué cruel  
está! Pues ya se acoge,  
señor César, aunque se enoje...  
¡Señor César! Voy tras él.

*Vase. Salen Ludovico y los príncipes.*

LUDOVICO Mil dificultades toco,  
si lo que vi verdad es.

TARANTO Llamado nos han, marqués,  
de tu parte.

LUDOVICO Escucha un poco.  
Enrique no es traidor:  
con el rey ha declarado  
lo que tenemos tratado;  
riesgo corre nuestro honor  
sin duda.

TARANTO Pues declaremos  
los ánimos arrogantes

y rebelémonos antes,  
pues ese peligro vemos,  
LUDOVICO No es tiempo, y viene gran daño  
a los nuestros.  
SALERNO ¿Qué dispones?  
LUDOVICO A una traición dos traiciones,  
dos engaños a un engaño.

*Sale el rey.*

REY ¡Oh mis parientes y amigos!  
LUDOVICO Mas bien lo dirás agora  
en sabiendo nuestros pechos.  
Señor, anoche a la hora  
que tú viste que salimos  
de palacio, como propias  
personas tuyas, y espías  
de tu frente y tu corona,  
como tus vasallos, fuimos  
a casa de Enrique, y su propia  
persona ofreció le dar  
en ayuda del francés.  
REY ¿Eso pasa?  
TARANTO Y más que ahora  
nos dijo que era fingida  
su caída cautelosa,  
porque quieres desta suerte,  
con esta industria ingeniosa,  
conocer tus enemigos.  
REY Si fuese verdad...  
SALERNO Conozcan  
nuestro valor cuantos vasallos  
humanos reyes adoran.  
Él trata de dar a Carlos  
este reino, y esta hermosa  
ciudad, que de luz serena  
los rayos del sol corona.

REY Yo os agradezco el aviso.  
Dejadme solo.

*Vanse.*

REY ¿Qué sombras  
son estas, que a la amistad  
turban la luz generosa?  
Estos tres han sospechado  
que sé su intento, y abonan  
deste modo su traición;  
mas saber que es cautelosa  
mi mudanza y la caída  
de Enrique, parecen cosas  
de que han violado el secreto  
los candados de su boca.  
Pero también pudo ser  
malicia destes. ¡Qué propias  
son las sospechas al hombre!  
Sólo Dios, como no ignora  
los humanos corazones,  
es inmutable en sus obras.

*Sale Elena.*

ELENA Aviso a tu majestad...

REY ¿Qué dices, Elena hermosa?

ELENA Que don Enrique se escribe  
con el rey de Francia: importa  
que sepa tu majestad  
si hay por qué se correspondan  
sin ofender su lealtad.  
Pero yo no lo sé sola:  
esta verdad aseguro,  
y si de César te informas,  
sabrás la verdad del caso.

REY Hágate el cielo dichosa  
como bella, noble y leal.

ELENA A quien soy lo debo.

*Vase.*

REY Rompan  
los silencios de mi amor  
las voces más rigurosas  
que dio monarca en el mundo.  
Si la dama que le adora,  
si la dama que le estima,  
acusa a Enrique, ¿es impropia  
su culpa? Indicios son fuertes,  
que la verdad acrisolan;  
pero no he de sospechar  
de su lealtad generosa.  
Apelo de Elena a César,  
de su dama a Enrique. ¡Hola!

CRIADO Señor.

REY Mirad si está César  
en la antecámara. (Todas  
las amistades humanas  
¿han de ser tan sospechosas?).

*Sale César.*

CÉSAR ¿Qué me mandas?

REY Dime, César  
(atendiendo a que me importa),  
si Enrique se comunica  
con el rey Carlos.

CÉSAR (Perdona  
amistad, porque más debo  
a mi rey).

REY No pongas  
temor y duda a la lengua;  
la voz desata animosa.

CÉSAR Señor, sí, yo tengo...

REY Calla,

basta ese sí, para que oiga  
mis quejas el mismo cielo  
y la sangre se recoja,  
desamparando las venas,  
al corazón, cuando roban  
sentimientos naturales  
su actividad y transforman  
en fuego su yelo. Vete,  
que un desengaño es ponzoña,  
y basta la que en dos letras  
me diste a beber agora. *[Vase César]*.  
Otra vez pienso dudar;  
haga finezas preciosas  
el amor que a Enrique tengo:  
apelo otra vez. ¿Hay otra  
apelación donde pueda  
aliviarse la memoria  
de la dama y el amigo?  
Si en los votos se conforman,  
¿a quién se puede apelar?  
Apelo a él mismo: su boca  
será el último testigo.  
Si él no lo confiesa, ponga  
la envidia mil asechanzas,  
que mil serán mentirosas.  
Esta puerta he de cerrar,  
y quedar con él a solas,  
que en mi camarín le tengo.  
¡Oh, cómo está temerosa  
el alma! Amistad, ¿qué es esto?  
¿Ajenas culpas me asombran?  
¿Delitos de otro me hielan?  
Enrique...

ENRIQUE Señor.

REY Conozcan

los cielos que nos alumbran  
que eres quien rompes y cortas  
los lazos del amistad,

y yo no: tú me provocas  
a la cólera mayor  
que dio a tigres ni leonas  
heridas Naturaleza;  
y ansí con mis manos propias  
quisiera tomar venganza.

ENRIQUE (Sin duda que hay quien nos oiga  
otra vez, pues finge el rey  
que le ofendo, y que se enoja).

REY ¿Con Carlos te comunicas,  
sin avisarme las cosas  
que tratas con él? ¿Tú escribes  
a mis contrarios?

ENRIQUE (Agora  
no he de errar cual la otra vez  
disculpándome, que importa  
fingir este enojo bien).  
Confieso, señor, que tornas  
a enojarte justamente.  
Carlos me escribió.

REY ¿Quién osa  
confesar así sus culpas,  
que a morir no se disponga?  
Mira, ingrato, qué me debes;  
que hasta oírlo de tu boca  
el crédito suspendí,  
y aun está el alma dudosa,  
si eres tú quien lo dijiste.

ENRIQUE Señor, señor, ¿no hay persona  
ninguna tras el cancel?

REY Hay malicias cautelosas  
tras el cancel de tu pecho,  
y eso basta. ¡Tú blasonas  
de agradecido español!

ENRIQUE Solos estamos, y todas  
las puertas están cerradas:  
no finjas más; que me roban  
los temores el aliento.

REY De veras hablo, no pongas  
intervalos a mi enojo,  
y mi cólera interrompas.

ENRIQUE ¡Válgame Dios! ¿En qué parte  
pueden escucharnos? Sola  
está la cuadra y apenas  
hay quien distinga y conozca  
si lo que finge es de veras.  
Aun el alma, que no ignora  
que es ficción, está temiendo).

REY No disimules, pues tocan  
tus traiciones en los rayos  
de mi luz majestuosa.  
¡Ah capitán de mi guarda!  
Prended a Enrique.

ENRIQUE Quien loca  
llamó a la fortuna, dijo  
la verdad. Si me aprisionas  
señas son que tú me has dado  
para que en ti reconozca  
que tu enojo es verdadero.  
¿Qué mucho en la parda concha,  
engendre perlas el alba,  
si cuando el sol se transmonta,  
mengua su cándido humor,  
que aun no llegó a ser aljófar?  
Huye el sol deste hemisferio,  
caduca deja su pompa;  
todo pasa desta suerte:  
tú eres sol, fui flor hermosa;  
escondísteme tus rayos,  
perdí el verdor a tu sombra.

*Sale el capitán.*

CAPITÁN ¿Qué mandas?

REY (Ya estoy remiso).

*Sale Porcia.*

PORCIA (Ánimo, segunda Porcia,  
que las batallas de amor  
no tendrán brasas que coma).  
Señor, a pedirte vengo,  
atrevida y piadosa,  
que justifiques las culpas  
de don Enrique, y conozcas  
que no es bien que tú te enojés,  
sin mirar que la paloma  
al aire blanca parece,  
aunque sea negra toda.  
El agua clara en un vidrio,  
turbia a nuestro ser la tornan  
los rayos del sol hermoso;  
en las cristalinas ondas  
corvos parecen los remos;  
muchos espejos nos borran,  
si en las cosas claras vemos  
que hay peligro, en las dudosas,  
¿qué será, rey poderoso?  
Natural intercesora  
mi piedad sea esta vez.

REY Sí será. Condesa hermosa.  
(¡La que le quiere, me avisa;  
la que no le quiere, aboga  
por Enrique! Aquí hay engaño).  
Bien está, gallarda Porcia.

PORCIA Vivas más que vive el fénix,  
inmortal en sus aromas.  
(Y viva Enrique también,  
que me mira y me enamora).

*Vase.*

REY Salíos fuera, y llama a César.

- ENRIQUE (Porcia con vista amorosa  
me miró: todo se trueca).
- REY Ven acá, dime: ¿qué cosas  
tratas con el rey de Francia?
- ENRIQUE Yo, ningunas.
- REY ¿Cómo agora  
dijiste que te escribía?
- ENRIQUE Porque imaginé que a solas  
no estábamos, y importaba  
hacerme culpado: sola  
hay una firma del rey,  
que en tu presencia dichosa  
me dio el príncipe Taranto.
- REY Dame acá esa firma.
- ENRIQUE Toma,  
que para lo que ordenares,  
te la he guardado hasta agora.

*Lee el rey.*

- REY «Como has entrado en palacio,  
no he podido, mi señora,  
responder, como debía,  
a tu papel y a tus joyas...».
- ENRIQUE ¡Válgame Dios! El papel,  
sin atención ni memoria,  
troqué con uno de Elena.
- REY (La verdad aliento cobra).  
¿Quién a Elena lo llevó?
- ENRIQUE César.
- REY ¡César!
- CÉSAR Señor, ¿qué mandas?
- REY (Gozosa.  
siento el alma).  
¿Qué papel  
diste a Elena?
- CÉSAR Sospechosa  
hizo mi fe aquesta firma.

REY Quien no apura ni acrisola  
la verdad, errores hace.  
Enrique amigo, perdona:  
no dudé de tu lealtad;  
pero me turbaron sombras  
de aparentes culpas. Mueran  
los príncipes que alborotan  
mis Estados.

ENRIQUE Mira bien  
que si los cuellos les cortas,  
sus parientes y vasallos  
tomarán armas traidoras.

REY Yo tengo para matallos  
una cautela ingeniosa.  
Publíquese que en mi gracia  
estás.

ENRIQUE Dame por esposa  
a Elena, que bien se publica.

REY Pues prevén luego tus bodas.

ENRIQUE Y las de César, señor,  
si dais licencia, con Porcia.

REY Si ella gusta, norabuena.

CÉSAR Vivas edades dichosas.

*Vanse los dos.*

REY Ellos mismos han de ser  
los que muerte rigurosa  
se han de dar; que desta suerte  
aseguro mi corona.  
¡Príncipe!

*Sale el de Taranto.*

TARANTO Señor, ¿qué mandas?

REY A mí, príncipe, me importa,  
que la muerte des a Enrique,  
sin que ninguno os conozca:

en este papel va el orden  
que habéis de guardar.

TARANTO Mil troyas  
abrasará mi obediencia,  
mil capitolios de Roma.  
Dice el papel:  
«Iréis, príncipe amigo,  
con máscara, a la usanza destes días,  
a la plaza del Olmo y en las Ninfas,  
que una fuente en su espacio cristal vierte,  
donde hallaréis a Enrique, que esperando  
está, para ir a ver unos festines.  
Un lienzo sacará, sacad vos otro,  
y muerte le daréis sin que os conozca.  
Llevad gente en resguardo, y romped este».  
Yo voy a prevenir lo necesario;  
y los deudos y amigos que tuviere,  
a prevenirlos, y vestir, y todo.  
¡Viven los cielos, español perjuro,  
que de mis brazos no estaréis seguro!

*Vase y sale el de Salerno.*

REY ¡Ah príncipe de Salerno!

SALERNO Gran señor.

REY Este orden toma,  
y a Enrique darás la muerte,  
como ahí va escrito.

SALERNO Ponga  
leyes en mí tu grandeza,  
que guardadas serán todas.

REY Riguroso, ni tirano  
me llame el mundo, pues obran  
la equidad y la justicia  
tal vez cautelas heroicas,

*Vase el rey y Salerno lee el papel.*

SALERNO «Con máscara, pues son Carnestolendas, esperaréis a Enrique, que pensando que yo voy a la fuente de las Ninfas, que en la plaza del Olmo cristal vierte, un lienzo sacará: haced vos lo mismo, llevad vuestros amigos y parientes, y muerte le daréis sin que os conozca: hacedlo con secreto y romped este». Ahora este español que nos revela el secreto jurado, verá el pago que merece un traidor. Voy a vestirme ¡viven los cielos, español villano, que hoy habéis de morir por esta mano!

*Vase y sale Porcia y Elena. Sala en casa de Elena.*

ELENA Porcia, si de mí te fías,  
y conoces mi afición,  
dime cuál es la ocasión  
de tantas melancolías.  
Vienen días, pasan días,  
Y tú tan triste: ¿qué es esto?

PORCIA En este estado me ha puesto  
un amoroso rigor:  
prima, la muerte es menor.  
Enrique el alma ha dispuesto  
desta suerte.

ELENA ¡Ay prima mía!  
¡Qué necios son tus amores!  
Sin duda desos errores  
nació tu melancolía.  
En dos modos desconfía  
dese amor.

PORCIA ¿Y cuáles son?

ELENA Que no te tiene afición,  
y que es pobre.

- PORCIA La primera,  
a ser razón verdadera,  
aumentará mi pasión.
- ELENA Es tan verdad, que me quiere,  
es tan verdad, que desea  
ser mi esposo. ¡No lo vea,  
plega a Dios!
- PORCIA Y si lo fuere,  
y mi desdicha lo viere,  
viva en su dichoso estado,  
alegre y enamorado,  
más que el sol girando cielos.
- ELENA ¿Bendiciones y no celos?  
¡Grande amor!
- PORCIA (¡Y gran cuidado!).

*Sale el rey.*

- REY Condesas, felizmente  
solas y juntas os veo,  
cuando casaros deseo.  
con un varón eminente,  
que le quiero justamente:  
a Elena su gusto sigo,  
y a ti, Porcia, con su amigo.
- ELENA (Ludovico es, pues que dice  
que le quiero).  
Soy felice,  
tuya soy.
- PORCIA Lo mismo digo.

*Sale Ludovico y Julio.*

- LUDOVICO (Deme amor atrevimiento,  
que, por ti la más hermosa  
ocasión, y más honrosa  
que hay en todo el mundo intento).  
Un gallardo casamiento

codicio, humilde te pido  
me hagas felice marido  
del dueño que siempre fue  
dueño de mi amor y fe.

REY ¿Quién es?

LUDOVICO Doña Elena ha sido.

*Sale Chirimía.*

CHIRIMÍA Señor, señor, si te mueve  
a piedad esta tragedia,  
de un desdichado jüicio,  
bien es que lástima tengas.  
Don Enrique, mi señor,  
con el dolor y la pena  
de verse en desgracia tuya,  
está loco; es de manera,  
que ha dado en decir muy grave  
a los amigos que encuentra:  
«Bien está, dadme después  
memoriales». No hay quien crea  
que ya, pobre y desdichado,  
nuevo papel representa  
de privado en este mundo.  
Dadnos, gran señor, licencia  
que nos volvamos a España;  
que mudando aires y tierras,  
sanará desta locura.  
Y porque veas que es cierta  
su locura, como digo,  
vesle aquí: en palacio se entra.

*Salen algunos, con Enrique.*

ENRIQUE Al rey, mi señor, diré,  
vuestros méritos.

CHIRIMÍA ¡Oh pesia  
la madre que te parió!

Deja esas locuras necias

ENRIQUE Dame, gran señor, tu mano.

REY Vení, amigo, norabuena.

CHIRIMÍA (¡El rey le sigue el humor!).

PORCIA (¿Hay desdicha como aquesta?).

ENRIQUE En feliz hora vendré,  
si me das, señor a Elena.

ELENA (No me faltaba otra cosa).

CHIRIMÍA ¿Hay locura como aquella?

*Sale César.*

CÉSAR Escucha, señor un caso  
el más funesto.

REY ¿Qué hay, César?

CÉSAR Los dos príncipes amigos  
a quien por dueños veneran  
Salerno y Taranto, agora  
con máscaras y libreas,  
como en Nápoles se usa,  
porque son Carnestolendas,  
una batalla se han dado,  
quedando muertos en ella  
muchos parientes y amigos  
de ambas partes, sin que sepa  
nadie la causa.

REY ¿Y los dos?

CÉSAR Con más heridas que César  
en el Senado, murieron.

REY Los que han quedado se prendan  
para saber la ocasión,  
y entre tragedias funestas  
prosiga Elena sus bodas.

ENRIQUE Vivas edades eternas.

REY Paso, Enrique: no sois vos  
el dueño que ella desea.

ENRIQUE ¿Pues quién, señor?

REY Ludovico.

- ELENA De Ludovico y Elena  
son las bodas que el rey dice.
- ENRIQUE ¡Pues cómo, ingrata! ¿Estas letras  
y diamantes, no publican  
tu mudanza? Di.
- PORCIA Las piedras  
han de confesar mi amor.
- ENRIQUE ¿Este papel no es de Elena?
- ELENA La letra sí, las razones  
de Porcia son.
- ENRIQUE ¿Pues no era  
esta joya tuya?
- ELENA Sí,  
mas díselo a Porcia.
- PORCIA Sepan  
que fueron finezas mías:  
publíquese, no me pesa.
- ENRIQUE ¿Qué haré, César?
- CÉSAR Ser de Porcia  
infinitos años.
- REY Sea  
almirante y canciller  
Enrique, y luego le vuelva  
el título de marqués  
Ludovico; el mundo entienda  
que ha asegurado mi reino,  
y que bien le quiero. Prendan  
a Ludovico.
- LUDOVICO ¡Señor!  
¿Por qué a mí?
- REY Porque no quieras  
dar a Carlos mi corona.
- ELENA ¡Engañada soy!
- REY No seas  
interesada, ambiciosa.
- CHIRIMÍA ¿Luego no ha sido de veras

su caída? Julio amigo,  
vengueme: esta vez te cuelgan.

ENRIQUE    Prospera el cielo tu vida,  
gran Alfonso; y aquí tenga  
fin la historia que se llama  
*Cautela contra cautela.*